7214

ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

MISERIAS DE LA ALDEA.

Se vende en Madrid en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas.

COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

Adra.	J. A. Manzano.
Aguilar de la Frontera	R, Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez.
Alba de Tormes.	M. Sanchez.
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alburquerque.	A. Gotrina.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almendralejo.	C. Diaz.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	F. Ruiz y Fernandez.
Almuñecar.	F. P. Almoguera.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranda de Duero.	J. Perdiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	F. Nicolau.
Astorga.	A. Gullon.
Avila.	N. P. Rocandio.
Avilés.	V. Sanchez del Rio.
Badajoz.	F. Coronado.
Baena.	F. Fernandez.
Baeza.	F. Lopez Moreno.
Bailen.	J. M. Sellés.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Baza.	J. Calderon.
Bejar.	M. Illan.
Benavente.	P. Fidalgo Blanco.
Berja.	L. Iribarne.
Bermeo.	T. Astuy.
Betanzos.	J. M. Garcia.
Bilbao.	T. Astuy.
Borja.	M. Arbiol.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F Molina.
Canarias.	M. Savoie.
Carranza.	T. Astuy.
Caravaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montova.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Ceuta.	A. Crivell.
Chiclana.	L. Cañizares.
Chinchon y Colmenar	Francisco Algoria.
Ciudad-Real.	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G. Camarena.
Don Benito.	A. Sanchez Barroso.
Ecija.	J. Giuli.
Estella.	S. Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
E torrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Cijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida.
nuadalajara.	F. Sanchez.
Hernica.	T. Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
CGaro.	P. Quintana.
Hellin.	J. M. Paredes.
Huelva.	J. de Osorno é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo.
Játiva.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez.
Jodar.	I. Coma y Prados
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lérida.	J. Portarriu.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	L. Martin Robles.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manila (Filipinas).	Olona y Cebada.
Manresa.	P. Comellas.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	J. N. Dominguez.
Martos.	R. Sibanto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	J. de Nicolau
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Mula.	M. de Toro.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	F. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelabe
Pamplona.	J Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro.
Plasencia.	E. Diez.
Pontevedra.	M. Verea y Vila.
Portugalete.	T. Astuy.
Priego (Córdoba)	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico	J. Mestre.
Quintanar de la Orden.	M. Sanchez.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torre
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliú de Cuixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A. Molinelo.
San Ildefonso.	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acevedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Santander.	P. Basanez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.

MISERIAS DE LA ALDEA.

MISERIAS DE LA ALDEA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 7 de Marzo de 1863.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA, pupila de D. Sisebuto, 20 años.....	Doña Francisca Muñoz.
PILAR, hermana de Cristino, 17.....	Doña Rosa Tenorio.
MARGARITA, ama de llaves de Monzon, 50.....	Doña Emilia Danzan.
CRISTINO, 26.....	D. Manuel Catalina.
MONZON, 60.....	D. Antonio Pizarroso.
ALFREDO, hijo de Monzon, 27.....	D. N. Pastrana.
LESMES, prestamista de la aldea, 45.....	D. Juan Casañe.r
D. SISEBUTO, 50.....	D. Mariano Fernandez.
DIEGO, aperador de la casa de Cristino, 30.....	D. Antonio Mendoza.
FRANCISCO, criado de Lesmes.....	D. N. N.
QUIRICO.....	D. Miguel Ibañez.
ALDEANO 1.º.....	D. N. Garrigosa.

La escena pasa en una aldea de Castilla, en las márgenes del Pisuerga. Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Á MI QUERIDO PADRE POLÍTICO,

EN TESTIMONIO DE SINCERO CARIÑO,

Emilio Mozo de Rosales.

671674

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/miseriasdelaalde3701mozo

ACTO PRIMERO.

Gran patio de una casa de labor, cerrado por una berja, por detrás de la cual se vé una aldea. En primer término de la derecha se vé la fachada de una granja con puerta practicable. En segundo término puerta de un jardin con algunas macetas alrededor. Enfrente de estos dos términos, está la fachada de la casa de Cristino. Algunos sacos estan esparcidos contra el muro de la granja. Hay un banco de piedra cerca del proscenio. Al levantarse el telon, varios jornaleros entran los sacos en la granja. Una criada arregla las macetas. Diego inspecciona los trabajadores. Pasan cantando y corriendo algunos jóvenes de ambos sexos por detrás de la verja. Se oye á lo lejos una gaita y un tamboril.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO, ALDEANO 1.°, una CRIADA, varios ALDEANOS.

DIEGO. Otro costal á la espalda
y otro mas. Vamos de prisa,
que es fiesta y suena la gaita,
y se vá pasando el dia.
(Á la Criada.)
No pongas esa maceta
tan lejos, la señorita
quiere que esten alineadas

y formando *prespictiva*.

ALD. Di, Diego. ¿Por qué arreglamos
todo esto?

DIEGO. Vienen visitas
de Madrid.

ALD. ¿De Madrid vienen?
¿Y quiénes son?

DIEGO. Doña Elvira
y su tio.

ALD. Quién... aquella...

DIEGO. Aquella... aquella. La hija
del difunto don Rumaldo.

ALD. Es verdad.

DIEGO. La pobrecilla
quedó huerfana y su tio
la llevó á Madrid. Qué lista
era entonces!

ALD. Y qué guapa.

DIEGO. Pues ademas es muy rica.
El amo y su primo, el primo
estudiante, la querian
como á una hermana.

ALD. Está claro,
mas cuentan que *prifiria*
al amo con too y con eso.

DIEGO. Hacia bien: en la orilla
del Pisuerga, no hay un jóven
que tenga mas valentia.
Qué bien rotura un barbecho
y qué bien poda una viña!
Nunca se *parició* en nada
al primo. Qué *fegurilla*
y qué genio!

ALD. Muchos cuentan,
y será verdad, que arruina
á su padre.

DIEGO. Pues su padre
daria por él la vida.

ALD. Si es un santo.

DIEGO. Santo y mártir,
segun dice Margarita,
su ama de llaves.

ALD. ¿Qué cuenta?
DIEGO. Ya lo sabrás algun dia.

ESCENA II.

DICHOS, QUIRICO.

Entra pobremente vestido y dando señales de enajenacion. Sus palabras, sus movimientos y miradas expresan un sentimiento de rencor comprimido.

QUIRICO. Buenos dias.
DIEGO. Bien venido.
¿Qué quieres, buscas al amo?
QUIRICO. No.
DIEGO. ¿Á la señorita?
QUIRICO. No.
DIEGO. ¿Pues á quién?
QUIRICO. Al secretario.
ALD. ¿Á Lesmes?
DIEGO. No le hemos visto
por aqui.
QUIRICO. Nunca le hallo,
nunca, y mi mujer espera
y mi Joaquin está malo.
DIEGO. ¿Qué tienes?
QUIRICO. Nada, me voy.
DIEGO. ¿Dónde?
QUIRICO. No sé, por los campos.
(Se marcha lentamente y desaparece por los campos.)

ESCENA III.

DICHOS, menos QUIRICO.

DIEGO. ¡Pobre hombre!
ALD. ¿Qué es lo que tiene
Quirico? verle dá pena.
DIEGO. Mire usted, un labrador
que cultivaba una hacienda
que valia por lo menos
un celemin de pesetas!

ALD. Dímelo á mí. Daba un trigo
y un centeno y una avena,
que asombraban á las gentes
que cruzan esta ribera.
DIEGO. ¡Ya! mas, como dijo el otro,
no todo ha de ser cosecha,
y vino un año mediano,
y al otro descargó piedra;
y al tercero, pidió cuartos
para cultivar sus tierras.
Le prestó Lesmes. Al pronto,
como él no entiende de cuentas,
creyó que no era una ruina
pagar de rédito el treinta.
Pero anda, anda, que los dias
pasando como centellas
y el interés aumentando,
le armaron una cadena
que ya, ya! En fin, lo cierto
es que á pesar de sus quejas,
Lesmes se guardó sus fincas
y le dejó en la miseria.
Despues diz que le arrendó
otra vez su antigua hacienda;
pero como no tenia
trigo para la *simienza*,
Lesmes se le dió, exigiendo
que le diera tres fanegas
por cada una.
ALD. ¡Qué infamia!
Ese hombre pierde la aldea.
Hay mas de veinte familias
mendigando en esas puertas
por su culpa.
DIEGO. Pues cuidado,
porque aunque la gente es buena,
puede ser que alguna vez
pague al fin todas sus deudas.

ESCENA IV.

DICHOS, CRISTINO, PILAR.

ALD. Los amos.
(Cristino, que trae en la mano un taleguillo, se acerca á Diego: Pilar pone en órden sus macetas.)
CRIST. Id á la fiesta,
ya es hora.
PILAR. ¿Pero no ves
que puestas de esa manera
estorban? Asi, muy bien.
CRIST. Paga á los muchachos, Diego.
(Le dá el taleguillo.)
DIEGO. Señor, si nos diera usted
una propina... hay novillos
en la plazuela...
CRIST. ¿Quereis
divertiros?
DIEGO. ¡Pues!
CRIST. Tomad
un duro para beber;
pero que no haya disputas.
DIEGO. ¡Cá! no habrá ningun aquel.
(Diego y los demas aldeanos se marchan por el foro.)

ESCENA V.

CRISTINO y PILAR.

PILAR. ¿Intentas que en este dia,
aunque de diversos modos,
participen aqui todos
de tu ferviente alegria?
CRIST. No intentes que se destruya
con esa reserva extraña,
pues si el alma no me engaña
es mucho mayor la tuya.
PILAR. ¡Oh! Nada ocultarte puedo.
CRIST. Harto en tu rostro traspira,
que si yo pienso en Elvira

tambien piensas en Alfredo.
PILAR. ¿Te enoja?
CRIST. No, pero dudo
que á reunirnos volvamos.
PILAR. Ya sé que solo esperamos
á Elvira.
CRIST. Ingrato y mudo
sigue mi primo en la córte,
y este silencio profundo
indica bien que el gran mundo
de hoy mas ha de ser su norte.
PILAR. ¿Y qué he de hacer?
CRIST. Olvidarle.
PILAR. Jamás. Elvira desea
que salgamos de la aldea,
y en Madrid he de encontrarle.
CRIST. Antes que esa invitacion
aceptemos, es deber
indisputable saber
si no cambió de intencion.
PILAR. Dudas de los sentimientos
de Elvira: ¡oh! no mereces
que te quiera.
CRIST. ¡Cuántas veces
son falsos los juramentos!
Harto recuerdo que un dia,
hoy encanto de mi mente,
Elvira su amor naciente
entre Alfredo y yo partia;
uno y otro se esforzaba
en encomiar sus primores,
y ella, Pilar, con dos flores
nuestro cariño pagaba.
Si se adornaba el prendido
con un clavel, yo vencia;
mas si una rosa elegia
Alfredo era el preferido.
Asi los años que fueron
mas deliciosos pasaron,
los juegos se terminaron
y Alfredo y ella partieron.
Ella siguió á su tutor,

Alfredo se fué á estudiar,
y yo en mi pobre lugar
seguí siendo labrador.
Por eso al verme... tostado,
tosca el habla y el vestido,
y al comprender que he perdido
lo que ellos habrán ganado,
siempre una duda me acosa
insoportable y cruel:
¿se acordará del clavel
ó preferirá la rosa?

PILAR. ¡La rosa! No, no concedo;
Elvira y tú os casareis.
Yo lo sé, volverá Alfredo,
me amará mucho... En el dia
estamos ricos los dos,
con que...

CRIST. Que te escuche Dios.

PILAR. Un abrazo.

CRIST. ¡Hermana mia! (Abrazándola.)

ESCENA VI.

DICHOS, MARGARITA.

MARG. Noticia. (Entra corriendo.)

CRIST. ¿Qué es lo que ocurre?
¿Se ha puesto malo mi tio?

MARG. El amo está muy contento.

PILAR. ¿Por qué?

MARG. Por... ¡uf! he venido
tan deprisa... Estaba yo
poniendo en órden los libros
del amo, porque me gusta
tenerlo todo muy limpio,
cuando entra este y me dice,
asi con un regocijo...
y un color de cara... Alfredo
llega hoy. ¿Cómo? Me ha escrito.
Conque arregle usted su cuarto.
Al punto; pero he querido
ante todo que supieran

esta noticia sus primos.
PILAR. Muchas gracias, Margarita.
CRIST. ¡Es singular! (Pensativo.)
PILAR. ¿Ves, Cristino?
el corazon es profeta.
MARG. Como su madre me dijo
al morir, cuida á mi Alfredo,
vamos, le tengo un cariño...
y eso que siempre me ha dado
disgustos el señorito.
¡Y qué disgustos!
CRIST. Lo creo.
PILAR. ¿Quién piensa...
MARG. Cuando era chico
podia pasar; mas hoy...
Lo que su padre ha sufrido
es increible. No dice,
si estoy malo es por mi hijo;
si solo tengo un gaban
desusado y recosido
es por él; si ya no salgo...
Mas no soltemos el mirlo,
porque las paredes oyen.
CRIST. Hable usted, se lo suplico.
MARG. Cuanto se come en la casa
hace algun tiempo, es debido...
PILAR. No me descubras. (Ap. á Margarita.)
CRIST. ¿Y bien?
MARG. En fin, don Juan no era rico;
pero tenia bastante
para vivir sin auxilio
de nadie.
CRIST. ¿Y ahora?...
MARG. Ahora...
CRIST. Hable usted.
MARG. Segun colijo
aqui hay un enredo grande.
(Con misterio.)
El amo nunca me ha dicho
la verdad, porque no quiere
que le riñan; pero he visto
entrar en casa... ¿No escuchan?

(Mira con cuidado á un lado y otro. En el momento en que sigue el diálogo, Monzon entra por el fondo, oye lo que se dice de él y se acerca sin ser visto.)

CRIST. ¿Á quién?

MARG. Por Dios, señorito,
no vaya usté á descubrirme,
porque don Juan es muy rígido...

PILAR. ¿Pero á quién has visto?

ESCENA VII.

DICHOS, MONZON.

MONZON. Á nadie.

(Interponiéndose entre Cristino y Margarita.)

MARG. (El amo.) Señor... yo...

PILAR. Tio...

MONZON. Mucho siento que escucheis
sus cuentos. No necesito
que nadie impugne mis actos.
Hago lo que debo y vivo
como me place

PILAR. Por Dios,
no se enfade usted, yo he sido
la que...

MONZON. No quiero turbar
nuestro mútuo regocijo,
y la perdono.

PILAR. Bien hecho.

MARG. (Siempre caigo en el garlito.)

PILAR. Hoy embargo á Margarita:
me hace falta. Ven conmigo.

(Margarita y Pilar entran en la casa.)

ESCENA VIII.

CRISTINO y MONZON.

MONZON. Tambien ella me critica.

(Mirando á Margarita.)

CRIST. No, tio, le compadece
porque vé que usted padece

sin decirlo.

MONZON. ¿Y cómo explica
ese pesar, qué motivo
la culpa del duelo tiene?
¿No sabe que Alfredo viene,
y que para Alfredo vivo?

CRIST. Sin duda, mas si le halaga
su vuelta, no es menos cierto
que todos han descubierto
que Alfredo su amor no paga.

MONZON. Contarán que tiene vicios,
que me arruina, el vulgo inventa
á placer.

CRIST. El vulgo cuenta
sus inmensos sacrificios.

MONZON. Para mí son un encanto.

CRIST. Repruebo esa abnegacion.

MONZON. Si doy una posicion
al hijo á quien amo tanto,
si protejo su ardimiento
y él paga, en fin, mis servicios...
¿qué son unos sacrificios
que ni me afligen ni cuento?
Mi satisfaccion no prueba,
y en pró de su amor no aboga,
ver que se viste una toga
en vez de llevar la esteva?

CRIST. Que tiene razon confieso...

MONZON. Pues entonces no me explico
lo que criticas.

CRIST. Critico
en este asunto el exceso.
¿Quién afirma al que aventura
por un título su haber,
que con él ha de obtener
una posicion segura?

MONZON. Pobre Cristino, cualquiera
que tenga alguna razon.

CRIST. Y si falta aplicacion
¿de qué sirve la carrera?
¿De qué sirve si un partido
nos destierra, si perdemos

la salud, si no tenemos
un protector decidido?

MONZON. ¿Y quién evita esos males?
¿Qué específico emplear,
sabes tú?...

CRIST. No enajenar
los bienes patrimoniales,
campo risueño y fecundo
de nuestra infancia testigo,
donde se encuentra un abrigo
contra las iras del mundo.

MONZON. Es verdad; pero sucede
que la reflexion no basta:
se empieza y luego se gasta...

CRIST. Tal vez lo que no se puede.
Asi el hombre temerario
que solo bienes augura,
pierde una hacienda segura
por un título precario.

MONZON. ¡Oh! no me aflijas tambien,
déjame esperar...

CRIST. Yo siento...

MONZON. Alfredo tiene talento
y sabrá pagarme bien;
mas si al fin debe pesarme
mi falta de precaucion,
fué tan buena la intencion,
que Dios ha de perdonarme.

ESCENA IX.

DICHOS, DIEGO y algunos ALDEANOS.

MONZON. Mas ¿qué ruido?...

CRIST. ¿Qué sucede?

DIEGO. Como es el dia del santo
y aqui acostumbran correrse
novillos todos los años,
fueron á pedir licencia
há poco algunos muchachos;
dióla el alcalde, mas llega
de improviso el secretario

y dice enfadado, basta
de toros y de porrazos.
¡Pero, hombre! exclamó el alcalde,
¿qué hay en los toros de malo?
Que los rechaza el progreso
por tercos y *retrogrados*.
¿Y los novillos? Tampoco
son bichos civilizados,
de modo que si usté insiste
le van á apear del mando.
Y como el Alcalde es corto
y don Lesmes es muy largo,
le convenció y al fin dijo
al alguacil Vino aguado;
Á todo el que hable de toros
que se le prenda en el *acto*.

CRIST. ¿Y qué quereis?

DIEGO. Que está el pueblo
á matar contra ese bando,
y como usté no lo impida
va haber aqui mucho palo.

MONZON. De ningun modo.

DIEGO. Si usté
hablara al alcalde acaso,
consintiera...

MONZON. Asi lo haré,
y os prometo que ni el santo
ni vosotros quedareis
esta tarde desairados.

DIEGO. ¿Ois?

ALDS. ¡Vivan los Monzones!

CRIST. Yo iré tambien.

(En este momento entra D. Sisebuto con un paraguas un gran libro debajo del brazo y un saco de noche en una mano. Detrás de él viene Alfredo dando el brazo á Elvira. Los Aldeanos y Diego se retiran.)

ESCENA X.

CRISTINO, MONZON, D. SISEBUTO, ELVIRA, ALFREDO.

SISEB. Paso, paso.
CRIST. ¡Elvira!
MONZON. ¡Alfredo!
ELVIRA. ¡Cristino!
CRIST. Por fin á vernos volvemos.
MONZON. Ya no nos separaremos,
¿no es verdad?
(Abrazando afectuosamente á Alfredo)
SISEB. ¡Ay, qué camino,
qué mayoral, y qué coche!
Mire usted, señor Monzon,
mire usted qué coscorron
me he pegado aqui esta noche.
(Enseñando por un lado la cabeza.)

ESCENA XI.

DICHOS, PILAR, MARGARITA.

PILAR. ¡Elvira!
MARG. Déjeme usted
(Á Alfredo que pugna por desasirse.)
que le abrace.
ELVIRA. Estás tan bella
que apenas si queda huella
del tiempo en que te dejé.
ALF. Ya basta.
MARG. Si está usté flaco,
y me dá pena...
MONZON. Es que viene
cansado.
MARG. ¡Qué cara tiene!
(Á Monzon, señalando á Alfredo.)
MONZON. Mujer, eso es del tabaco.
MARG. ¿Del tabaco? (Aproximándose á Alfredo.)
ALF. Bien: no estoy
para oirte.

MARG. ¡Qué aspereza!

(Atraviesan la escena un mayoral y un aldeano con dos maletas.)

SISEB. Que guarden en una pieza
todo ese equipaje.

MARG. Voy.

(Sigue á los mozos.)

ESCENA XII.

ALFREDO, ELVIRA, PILAR, D. SISEBUTO, MONZON, CRISTINO.

PILAR. ¿Te entristece estar aquí?

ALF. ¿Sufre usted?

ELVIRA. No sufro, aspiro
este aire apacible y miro
los campos donde nací.
Y los encuentro tan bellos
y me infunden tal placer,
que no acierto á comprender
cómo viví lejos de ellos.

PILAR. ¿Es posible, amiga mia?

CRIST. Lo contrario presumí.

ALF. No te fies: habla así (Á Cristino.)
por pura galantería.

MONZON. Yo encuentro muy natural
que pensará en nuestra aldea.

ALF. ¡Natural, siendo tan fea!

PILAR. No nos la trates tan mal.

CRIST. Allá en la córte ha dejado
por lo visto el pensamiento.

MONZON. Lo veo con sentimiento.

PILAR. Yo tambien.

CRIST. Mucho has cambiado.

SISEB. Es caso comun, sencillo,
nació aquí, se trasplantó
(Con gravedad filosófica, que guarda durante la obra.)
mas tarde y se aclimató
en la calle del Barquillo.
El hombre es una raiz.

ALF. ¿Cómo?
SISEB. Una especie de parra
con brazos, y cuando agarra
no hay mas que hablar, es feliz.
ALF. Ya, pero cuando tranquilo
vejetaba en mi elemento,
ha tenido usté el talento
de arrancarme de mi asilo.
SISEB. Usted es quien se ha empeñado
en seguirnos.
ALF. Yo queria
servir á Elvira de guia.
PILAR. (¡Él!)
CRIST. (¡Oh!)
ELVIRA. Gracias.
SISEB. ¡Qué abogado!
(Dando una palmada en el hombro á Alfredo y mirando á Monzon.)
ALF. Y tú, como es natural, (Á Cristino.)
sigues con ardiente celo
cuidando...
CRIST. El rústico suelo
que te parece tan mal.
ALF. ¡Pobre chico!
CRIST. Te equivocas,
pues lo que te asusta tanto
me distrae á mí.
ALF. ¡Qué encanto
pueden tener esas rocas
que asoman en la espesura!
CRIST. ¿Y á su pie no viste, Alfredo,
el floreciente viñedo?
¿No admiraste la llanura
que la corriente del rio
convierte por ambos lados
en magníficos sembrados
y en tablas de regadio?
¿No se alegraron tus ojos
al ver que desde tu infancia
se hizo campo de abundancia
la estéril tierra de abrojos?
Pues ese cambio consiste,

si en ello nunca has pensado,
en haberme yo quedado
cuando á la córte te fuiste.
Al ver que mi hacienda era
escasa, aunque con dolor,
me dediqué á la labor
en vez de seguir carrera.

ALF. ¡Virtuoso primo!

CRIST. No sé
si es el trabajo virtud,
mas toda mi juventud
al trabajo consagré.

MONZON. Y con ardimiento tal,
que aunque el tiempo ha sido breve,
esta comarca le debe
su prosperidad actual.

ALF. Los palurdos deberian
hacer solos las labores.

CRIST. ¡Solos! ¡pobres labradores!
En vano si no los guian
se afanarán á destajo
por acallar su afliccion,
pues donde no hay instruccion
es inútil el trabajo.

SISEB. Muy bien dicho.

ALF. Pues yo dudo
que un hombre de condiciones
se avenga á cuidar terrones:
es un trabajo tan rudo
como soez.

SISEB. Poco á poco:
las cimas, los peñascales
dan yerbas medicinales
excelentes.

ALF. (Está loco.) (Á MONZON.)

SISEB. No intento como Cristino
cultivar trigo y cebada,
porque eso no vale nada;
quiero aclimatar el quino.

MONZ. y CRIST. ¡El quino!

SISEB. El quino, señores.

Cortes pernanus.

MONZON. ¿Y á quién
se le ocurre?...
SISEB. Vendrá bien.
CRIST. Pues lo niegan los autores.
SISEB. Niegan. ¡Pobres criaturas!
ALF. Usted...
SISEB. Yo soy mas valiente,
mucho mas, pues hago frente
á todas las calenturas.
MONZON. Creo que es una ilusion.
CRIST. Recibirá desengaños...
SISEB. He consagrado veinte años,
veinte, á la aclimatacion;
mas voy en un dos por tres
para que sepan la historia
del quino, á leer la memoria
que escribo ahora.
MONZON. (Asustado.) Despues.
SISEB. Dí, Elvira, cuál es el fin
que me propongo.
ALF. Sabemos
todos...
SISEB. No.
ELVIRA. Luego hablaremos:
voy con Pilar al jardin.
ALF. Si, si; yo tambien...
MONZON. (Deteniendo á Alfredo.) Espera.
SISEB. Vulgo estúpido, insensato.
(Abre el libro que ha traido debajo del brazo, y se pasea leyendo en él.)
CRIST. (Á Pilar, ap.)
¡Qué bella está!
PILAR. (Á Cristino, por Alfredo.)
¡Y él, qué ingrato,
ni una mirada siquiera!
(Entra con Elvira en el jardin.)

ESCENA XIII.

D. SISEBUTO paseando y leyendo, MONZON, ALFREDO y CRISTINO formando un grupo aparte.

MONZON. Ya que tienes en tan poco
nuestros trabajos, deseo
que de los tuyos nos hables.
ALF. Sumo placer tendré en ello.
CRIST. Seis años sin verte.
ALF. ¡Seis!
Qué de prisa pasa el tiempo.
SISEB. Lineo exclama irritado...
(Acercándose á Alfredo de pronto.)
ALF. Que se apacigue Lineo,
(Impidiéndole hablar.)
y tome usted un trabuco.
(Ofreciéndole un cigarro, y guardando otro para él.)
SISEB. Tabaco, no; le aborrezco,
porque á costa de las fauces
robustece el presupuesto.
Pero oiga usted, Westring
(Lee entre tanto que Alfredo encienda un cigarro)
vió de pronto al pié de un cerro
un árbol que parecia
un avellano en lo grueso,
se acerca, huele y exclama:
¡Él es!
(Tira distraidameate del pelo á Cristino, creyendo que coge las hojas del árbol.)
CRIST. Suelte usted mi pelo.
SISEB. Bien. (Sigue paseando.)
MONZON. Pobre demente.
ALF. Adoro
el sabor de un buen veguero,
ademas es necesario
llevar tabaco de precio
cuando se tienen amigos...
eminencias.
MONZON. Ya lo creo.
¿Y tú los tienes?

ALF. No hay hombre
colocado en alto puesto,
que no me salude.
MONZON. Bravo.
SISEB. (Leyendo.)
Eso es aumentar.
ALF. No aumento.
SISEB. (Gravemente.)
Hablo de Westring.
CRIST. ¿Y cómo
has conseguido?...
ALF. (Con énfasis.) Misterios
de la córte, ó mejor dicho,
recursos de mi talento,
porque en Madrid la palabra
es superior al dinero.
MONZON. Eso se comprende bien:
un abogado...
ALF. No ejerzo.
CRIST. ¿Pues qué haces?
ALF. No hago nada.
(Saboreando su cigarro.)
SISEB. Ahí está el quid.
(Dando una palmada en el libro.)
MONZON. No comprendo.
ALF. Tomé el grado, abrí bufete,
mas todos mis pasos fueron
infructuosos para hallar
quien me confiara un pleito.
MONZON. (Con asombro.)
¿Y tu título?
ALF. Colgado
en mi cuarto.
CRIST. Y tu talento...
ALF. Colgado tambien, Cristino,
lo que sobran son ingenios.
SISEB. Siempre han encontrado modo
de disculparse los necios:
ahora dice Juan Pavon
que el árbol estaba seco.
ALF. (Exasperado.)
Déjenos usted.

MONZON. De modo
que todos nuestros proyectos
se han hundido.
ALF. ¡Qué locura!
seguí pronto otro sendero,
y me puse á defender
los principios del gobierno.
MONZON. ¡Tú!
CRIST. ¿Al gobierno?
ALF. Escribí
artículos virulentos
contra las oposiciones
de la prensa y del congreso,
aprobé muchas reformas,
inicié varios proyectos,
dí algunos tés, recibí,
una estocada en un duelo,
y me hice un hombre esencial
al cabo de poco tiempo.
CRIST. ¿Pues cómo estás sin destino?
MONZON. Es verdad.
ALF. Porque no puedo
aceptar una bicoca,
mi nombre requiere un puesto...
secretario de embajada
para empezar.
SISEB. Esto es serio. (Cerrando el libro.)
MONZON. No te formes ilusiones.
ALF. ¿Ilusiones?
CRIST. Pide menos.
SISEB. No señor.
ALF. De hoy á mañana
espero mi nombramiento.
MONZON. ¡Es posible!
ALF. Cuando doy
mi palabra.
MONZON. ¡Conque es cierto!
Lo ves, Cristino, lo ves?
qué importa que pobre y viejo
viva yo aqui, si él disfruta
el puesto que le deseo!
CRIST. Un abrazo.

ALF. Lo recibo.
SISEB. Por su mediacion espero
que al fin me ensalce la prensa
y que me apoye el gobierno.
Voy á buscar mi memoria,
no leeré mas que diez pliegos.
MONZON. Cada loco con su tema.
ALF. Si vuelve á Madrid le encierro.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. LESMES.

LESMES. ¿De vuelta? ¡Oh! felicidad.
MONZON. ¡Lesmes! (Con marcado disgusto.)
ALF. (Arpagon.)
LESMES. Amigo,
celebro...
ALF. ¿Qué tal? (Con indiferencia.)
LESMES. Yo sigo
sin ninguna novedad.
No esperé verle tan pronto,
su primo tambien dudaba...
CRIST. Yo...
LESMES. Y el pueblo murmuraba...
(Con marcada intencion.)
Pero el pueblo es siempre tonto.
ALF. ¿Qué decian?
MONZON. No hagas caso...
ALF. Quiero saber...
LESMES. Que estudiante,
jóven, rico y elegante
no habrá dado algun mal paso.
No extraño que se deslice,
pues si sus rentas acorta...
ALF. Bien hecho, ¿á usted qué le importa?
LESMES. Digo lo que el vulgo dice.
Al pronto aturdido y necio
á dudar de usted me indujo:
mas ya hoy... ¡hombre, qué lujo!
subidito será el precio.
(Inspeccionando irónicamente el traje de Alfredo.)

su buen padre no ha tenido
nunca un traje tan rumboso.

MONZON. ¿Para qué?

LESMES. Se cree dichoso
con un gaban recosido.

ALF. (Es verdad.)
(Mirando con pena el gaban de su padre.)

LESMES. (Estan sudando.)
Y tiene piezas.

MONZON. (Cruel.)

ALF. ¡Oh, piezas!

MONZON. Me encuentro en él
á mi gusto...

LESMES. Y lo vá usando.

CRIST. (Canalla.) En las poblaciones
pequeñas no se prejuzga
á los hombres, se los juzga
por sus buenas condiciones.

LESMES. Es segun...

MONZON. Esto lo abona
el que el pueblo agradecido,
á pesar de mi vestido
tiene en mucho mi persona.

CRIST. No dijeran otros tanto. (Con intencion.)

LESMES. Otros...

ALF. Sigue usted tan fiero
como siempre.

LESMES. Siempre quiero
el bien de la aldea.

CRIST. En tanto
la contradice y la enfada.

LESMES. Sujeto á la muchedumbre.

CRIST. Porque abolir la costumbre
de la antigua novillada...

ALF. ¿Es verdad, y las funciones?...

CRIST. Se opone.

ALF. ¿Qué es eso
de oponerse?

MONZON. Es un exceso
de autoridad.

LESMES. Hay razones...
No puedo hacerme de miel

con un pueblo temerario.

ALF. Pues bien, señor secretario,
yo intercederé por él.

LESMES. ¿Cómo?

ALF. Abogando de balde.

CRIST. Bien, bien.

LESMES. Le ruego...

CRIST. Intercede.

LESMES. Pues el alcalde no cede.
(Con energía.)

ALF. Yo haré que ceda el alcalde.

ESCENA XV.

MONZON, CRISTINO, LESMES, D. SISEBUTO.

Monzon y Lesmes hablan á media voz y separados de Cristino.

LESMES. ¿Conque ha de seguir la guerra?

MONZON. Nosotros no la buscamos.

LESMES. Es que peca usted de bueno.

MONZON. Porque usted peca de malo.

SISEB. ¿Dónde está Alfredo... Cristino?
(Sale con una memoria voluminosa y se apodera de Cristino.)

CRIST. Suplico á usted...

SISEB. Pronto acabo.

LESMES. Pues su empeño será inútil,
porque usté y sus aldeanos
son ya mis súbditos.

MONZON. ¡Súbditos!
Porque tiene cuatro cuartos,
producto de sus infamias
y préstamos usurarios.

LESMES. Envidia...

MONZON. Desprecio. (Con dignidad.)

LESMES. En fin,
su fortuna está en mi mano.

CRIST. ¿Dos fábricas de quinina?

SISEB. Y si hay mas consumo, cuatro.

MONZON. Mañana le espero en casa.

LESMES. Ya no puedo darle plazos...

MONZON. No me hacen falta.
LESMES. (¡Qué orgullo!)
MONZON. (Salir de él es necesario.)
CRIST. Don Lesmes podrá buscarle tierras.
SISEB. Voy, voy.
CRIST. (¿Qué ha pasado entre los dos?)
SISEB. Un instante. (Á LESMES.) ¿Quiere usté ser millonario?
LESMES. ¡Hombre!
SISEB. Pues escuche.
LESMES. Escucho.
SISEB. Yo necesito un gran campo...
(Salen hablando por el foro.)

ESCENA XVI.

CRISTINO, MONZON, PILAR, ELVIRA.

ELVIRA. No me canso de admirar
este ramo de capullos.
¡Qué fragancia!
PILAR. Hemos formado
proyectos que de seguro
te agradarán.
CRIST. Desde luego.
PILAR. Elvira y don Sisebuto
permanecerán aqui
quince dias.
CRIST. No son muchos,
razon por la cual protesto...
MONZON. Y yo interpongo mi influjo.
ELVIRA. Despues usted y Pilar
me acompañarán.
PILAR. Te juro
que iremos, pero entre tanto
divertirnos es muy justo,
y usted tambien...
MONZON. Á mi edad...
PILAR. Iremos á ver los muros
del castillo... la laguna

del robledal, los sepulcros
moriscos y otras mil cosas,
pero no á pié, sino en burros.

ELVIRA. ¡Qué ocurrencia!

PILAR. Por el pronto
hoy hemos de comer juntos.

CRIST. ¿Acepta usted, tio?

MONZON. Gracias.

PILAR. Ese rostro taciturno
me dá pena, tambien tengo
disgustos, muchos disgustos...

ELVIRA. Tú...

MONZON. ¿Por qué causa?

CRIST. Quimeras.

PILAR. En todo caso, si sufro
no quiero aburrir á nadie
con mis propios infortunios,
conque imite usted mi ejemplo.

MONZON. Asi haré por darte gusto...

CRIST. ¡Qué exigencia!

ELVIRA. Venga usted,
y descubriremos juntos
el modo de festejar
á mis huéspedes.

MONZON. Al punto.

(Entran en la casa.)

ESCENA XVII.

CRISTINO, ELVIRA.

ELVIRA. Tan larga la ausencia ha sido,
que el vernos sueño parece.

CRIST. Bien esta dicha merece
quien tanto tiempo ha sufrido.

ELVIRA. ¿Has sufrido?

CRIST. No es extraño.

ELVIRA. Que cuentes la causa quiero...

CRIST. No hay cariño verdadero
que no tema un desengaño.

ELVIRA. Tú mismo del bien te apartas,
puesto que dudas...

CRIST. No tal,
pero tu ausencia...
ELVIRA. Muy mal
has debido leer mis cartas.
CRIST. Tal vez tus iras provoco,
pero cuando me escribias
pensaba que pretendias
volver la razon á un loco.
ELVIRA. No es locura la constancia.
CRIST. Pero es sueño el esperar
que quieras realizar
los proyectos de tu infancia.
ELVIRA. Cese tan vana querella.
CRIST. No te exasperes si dudo,
mas veo que soy tan rudo...
tanto, como tú eres bella.
ELVIRA. Merecias mi desden
por tan enorme impostura.
Dime, ¿qué mayor cultura
que saber amar tan bien?
CRIST. Yo nada aprendí...
ELVIRA. ¿Y acaso
no es amor maestro ducho?
CRIST. Tú misma intentas... ¡qué escucho!
ELVIRA. Solo cuesta el primer paso.
CRIST. ¿Y cómo entrar en la lid
cortesana?... Mucho fias.
ELVIRA. Con unas lecciones mias
y los aires de Madrid,
venceremos.
CRIST. Soy de roble,
Elvira, y ya me abochorno...
ELVIRA. Tienes el primer adorno
de todos, una alma noble.
CRIST. Si me proteges asi
nada temo: sé mi guia
en el mundo, y si algun dia
llego á ser digno de tí...
ELVIRA. Digno siempre, pues en vano
dudaste de mi cariño.
CRIST. Me ofreciste cuando niño...
LESMES. Los pillé. (En la verja.)

ELVIRA. Darte mi mano.

(Cristino besa con efusion la mano que Elvira le abandona.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, LESMES.

LESMES. Ave Maria.
CRIST. (¡Qué hombre tan pesado!)
LESMES. Usted dispense si he venido á interrumpir...
ELVIRA. Nada importa.
CRIST. ¿Qué se ofrece?
LESMES. Quisiera hablar de un negocio á solas.
CRIST. Si usted pretende que compre la propiedad de algun infeliz...
LESMES. No es ese mi proyecto.
ELVIRA. Está muy bien: yo me voy, hablen ustedes.

ESCENA XIX.

LESMES, CRISTINO.

LESMES. Parece extraño que vuelva despues del ligero choque...
CRIST. Nosotros no conservamos rencor á nadie.
LESMES. Usté es noble y prudente; mas su tio...
CRIST. Le ruego que no provoque...
LESMES. Alfredo es peor...
CRIST. ¡Don Lesmes!
LESMES. ¿Qué quiere usted? somos hombres, y el amor propio...
CRIST. Acabemos.
LESMES. Voy al punto: ¿usted supone

tal vez que soy insensible?
CRIST. No, señor.
LESMES. Que soy de roble?
CRIST. Juro á usted...
LESMES. Pero le aprecio,
le aprecio de veras, jóven.
CRIST. Gracias.
LESMES. No quiero que nadie
su credulidad explote.
CRIST. ¿Mi credulidad?
LESMES. (Con misterio.) Alfredo
es águila audaz, que corre
tras la tórtola que usted
ama tanto.
CRIST. No es tan pobre
mi corazon, que suponga...
LESMES. Y en tanto no se trasforme,
en nada podrá luchar
con un hombre de la córte.
CRIST. Mas, ¿quién le dice que intente?...
LESMES. Es preciso ser muy torpe,
para no ver que su viaje
tiene por causa una dote.
CRIST. ¡Qué infamia!
LESMES. Si hubiera oido
como hablaba un alcornoque
de mayoral, del cuidado
y extremadas atenciones
que ha tenido el señorito
por doña Elvira en el coche!...
¡Qué mimos! ¡Qué cortesias!
¡Vamos, echaba los bofes!
CRIST. (¡Qué infierno!) Juntos crecieron,
y nada hay aqui que asombre.
LESMES. ¡Oh! nada, y se casarán
como usted no se alborote.
CRIST. Basta: ni Alfredo proyecta
la infamia que usted supone,
ni yo debo...
LESMES. ¡Pobrecillo!
Loco como los Monzones.
En fin, puesto que desprecia

y toma á mal mis informes,
no quiero insistir, que Alfredo
triunfe en paz, que le robe
todo un porvenir de dichas.
Siga usté en sus trece, jóven.

CRIST. (Si fuera verdad...) Don Lesmes...

LESMES. ¿Qué?

CRIST. Nada.

(Separándose de él con disgusto.)

LESMES. (Ya le corroen
los celos, cargué la mina
y la explosion será enorme.)

ESCENA XX.

DICHOS, D. SISEBUTO, despues PILAR.

SISEB. Nuevo Colon, ya encontré
la tierra que deseaba.
Huela usted.

LESMES. ¡Uf!

(D. Sisebuto trae una hazada al hombro y una espuerta de tierra, que se empeña en hacer ver y oler á Lesmes y Cristino.)

SISEB. Tierra vírgen,
y voy á explicarle...

LESMES. Gracias.

(Sale precipitadamente.)

PILAR. Cristino, el tio te espera
(Saliendo de la casa)
para jugar á las damas.

CRIST. (Bien dijo: «por ella solo
he venido.»)

SISEB. Qué fragancia.

(Oliendo la tierra.)

PILAR. ¿No me oyes, qué tienes?

CRIST. Tengo...

SISEB. Vea usted esto.

(Interponiéndose con la espuerta.)

CRIST. Me aguardan.

(Entra en la casa.)

SISEB. Qué groseria, marcharse

sin decir una palabra
(Sigue corriendo á Cristino.)

ESCENA XIX.

PILAR y ALFREDO.

ALF. Mi elocuencia ha triunfado.
(Entra volviendo la cabeza hácia la aldea. En este momento empieza un rumor confuso que se vá aumentando cuando lo indique el diálogo. Alfredo preocupado con lo que sucede en la plaza, corre de la verja á Pilar y viceversa. Durante esta escena que debe ser rápida, Alfredo dá señales de su carácter frívolo.)
PILAR. ¡Qué!
ALF. Ya hay corrida, deshice
el complot.
PILAR. (Nada me dice.
¡Qué hombre!) Estás muy cambiado,
ALF. ¿Gritan?
PILAR. Decia...
ALF. Te escucho,
pero temo un cataclismo
con Lesmes.
PILAR. No eres el mismo.
ALF. ¿Crees que he mejorado mucho?
PILAR. Al contrario... tu inconstancia...
ALF. Otra vez... ¿te preocupa?
PILAR. Es natural.
ALF. ¿Quién se ocupa
de ilusiones de la infancia?
PILAR. ¡Ilusiones!
ALF. Haces mal
en acordarte...
PILAR. ¡Qué horror!
ALG. Sigue el ruido.
PILAR. ¿Y nuestro amor?
ALF. ¿Y mi posicion social?
¿Qué pasion no tiene fin?
olvida que te he querido.
PILAR. ¡Cielos! ¡Todo ha concluido.

ALF. ¡Bravo! ¡ya se armó el motin.

ESCENA XXII.

TODOS, PUEBLO.

D. Lesmes aparece corriendo, perseguido por una turba de aldeanos que le arrojan piedras. Entran todos en el patio en el momento en que salen los personajes de esta obra, que están en la casa de Cristino.

MONZON. ¿Qué ruido es ese?
CRIST. ¿Qué pasa?
LESMES. Cristino, Alfredo, socorro:
como el pueblo ha triunfado,
quiere asesinarme el monstruo.
DIEGO. Pretendia ya otra vez
que suspendieran los toros.
ALDS. Á él.
OTROS. Al Pisuerga.
MONZON. Atrás:
(Poniéndose delante de Lesmes.)
yo le defiendo.
ALD. Nosotros...
MONZON. Salid y tened en cuenta
que si sé prestar apoyo
al pobre, sé corregir
sin vacilar los trastornos.
(Los Aldeanos se descubren y se retiran con silencio.)
ALDS. ¡Señor!...
MONZON. Salid.
LESMES. ¡Miserables!
Yo me vengaré de todos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Casa de D. Juan Monzon. Muebles antiguos. Puertas al fondo y dos laterales. Un escudo de armas bastante deteriorado pende de una pared. Un armario á la derecha con los objetos necesarios para poner y servir una mesa. Una mesa y cuatro sillas. Al levantar el telon Margarita saca un pan del armario y se lo dá á Quirico.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, QUIRICO.

QUIR. Vaya, señora, mil gracias,
mas no acepto la fineza.
MARG. ¡Y que lo supiera el amo!
Toma...
QUIR. Para que no crea
que le desairo... (Toma el pan.)
MARG. Es un pan
candeal que quita penas;
como que el señor me dijo:
amasa media fanega
para que los pobres coman.
QUIR. ¡Oh! ¡tiene un alma mas buena!...
MARG. Y añadió, que no se olvide
á Quirico; su cosecha
ha sido mala...

QUIR. (Con acento dolorido.) ¡Y tan mala!
Como que ya no me queda
mas remedio que arrojarme
dentro de poco al Pisuerga.
MARG. ¡Y tus hijos!
QUIR. ¡Ah! ¡mis hijos!!
(Dando señales de extravio mental.)
Olvidaba... mi cabeza...
¡já... já!...
MARG. Esa risa... (Asustada.)
QUIR. Me rio
porque la hora se acerca...
Quiero á Monzon, mas al otro...
¡oh! al otro... hasta la vuelta.

ESCENA II.

MARGARITA, ALFREDO.

MARG. Segura estoy de don Lesmes
con este perro de presa.
¡Hola, Alfredito!
(Alfredo sale con señales de mal humor.)
ALF. No gusto
que me traten con franqueza.
MARG. ¿Olvida usted que su madre,
que Dios en la gloria tenga,
me dijo...
ALF. Bien, ya recuerdo...
pero ponga usted la mesa.
MARG. ¿Para comer ya?
ALF. Pues qué,
¿en mi casa no se almuerza?
MARG. Su padre toma un pedazo
de pan...
ALF. ¿Pan seco? ¡Qué aldeas!
MARG. No es eso precisamente...
ALF. (Con tristeza.)
Basta. (Cristino me inquieta.
(Alfredo se pasea agitado.)
Pero ¿qué digo? ¡Un palurdo
destruiria mis bellas
ilusiones!... ¡Oh! jamás.

Ademas, él tiene haciendas
y no le hace falta alguna
una dote tan soberbia.)

MARG. ¿Sabe usted algo? (Con misterio.)

ALF. ¿De qué?

MARG. De la... (Cortada.)

ALF. Ponga usted la mesa.

MARG. Bien.

ALF. (Voy á escribir á Elvira
una epístola violenta,
decisiva.—Guerra á muerte
ó dulce correspondencia.)

ESCENA III.

MARGARITA, despues D. SISEBUTO.

MARG. Solo aprenden en la córte
á reñirnos y á rabiar.
¡Vaya un modo de tratar
á una mujer de mi porte!

SISEB. Señora...
(Entra con un memorial debajo del brazo.)

MARG. (¡El loco!)

SISEB. ¿Don Juan
Monzon?

MARG. Le estoy esperando. (De mal humor.)

SISEB. ¿Y su hijo?

MARG. Paseando.

SISEB. Con que es decir...

MARG. Que no estan.

SISEB. Pues esto pica en historia. (Se sienta.)

MARG. ¡En historia!

SISEB. Mucho siento
que no encuentren un momento
para escuchar mi memoria.

MARG. (Su memoria... ¡qué ilusion!)
(Señalando la frente con el dedo.)
Creo que trabaja en vano.

SISEB. ¡Cómo! ¡y el género humano!

MARG. (¡Anda!)

SISEB. ¡Y la aclimatacion!

Escuche usted y verá
si este asunto tiene peso.
(Disponiéndose á leer.)

MARG. ¡Vaya! ¿y de qué trata eso?

SISEB. De quina.

MARG. Quite usté allá:
buena estoy yo para quina.

SISEB. Pero, mujer imprudente...

MARG. Déjeme usté en paz.

SISEB. Corriente:
volveré con mi sobrina.
(Se coloca la memoria debajo del brazo y sale furioso por el fondo.)

ESCENA IV.

MARGARITA, PILAR, una CRIADA, que trae una canastilla con provisiones.

MARG. ¡Hombre mas raro! No para
con sus papeles. Pilar...
¡qué fortuna!

PILAR. ¿Puedo entrar?
(Á media voz, desde la puerta del fondo.)

MARG. Sola estoy... mas ¿quién repara?
otro regalo!
(La criada entrega la cestilla á Margarita, y se marcha.)

PILAR. Confio
en que no hablarás tampoco,
mi tio se cuida poco
y yo velo por mi tio.

MARG. ¡Pobre señor!... me dá miedo
pensar... todo aqui revela
que su hijo no le consuela,
porque es muy mal hijo Alfredo.
Lo que le pasa no sé:
mas nos habla con un tono
tan duro... En fin, le perdono
por lo que la quiere á usté.

PILAR. ¡Á mí, Margarita! no,
no me ama ya.

MARG. ¿Pues qué ha dicho?
PILAR. Que todo ha sido un capricho,
capricho que concluyó.
MARG. ¡Jesus mil veces, qué infiel!
¡Cuando usted es un tesoro!
¿Y á quién prefiere?
PILAR. Lo ignoro,
pues ya no me ocupo de él.
MARG. ¡Es imposible!
PILAR. Si tal.
MARG. Yo haré que Alfredo padezca
por usted, ó que aborrezca
sin tardanza á su rival.
PILAR. Ne te ocupes...
MARG. Ya veremos
quién puede mas de los dos.
Déjeme usté á mí.
PILAR. Por Dios,
ten discrecion.
MARG. La tendremos.
Para estas cosas nací.
PILAR. Si te empeñas... mas mi tio
debe volver ya... Confio
desde este momento en tí. (Se vá.)

ESCENA V.

MARGARITA, despues MONZON.

MARG. ¡Qué mundo! Ella se desvive
por su tio, no perdona
ocasion de festejarle,
y Alfredo en pago la odia.
En fin, pongamos la mesa
para que ese ingrato coma.
(Saca del armario lo preciso para poner la mesa. Canta mientras pone la mesa.)
«¡Ay de la pobre,
que crea en las palabras
que dan los hombres!»
MONZON. (Entra por el fondo.)
Ya sabe usted que esos cantos

matutinos me incomodan.

MARG. (Canta.)
Que crea en las palabras
que dan los hombres.

MONZON. ¿Quién trajo esas provisiones?
(Reparando en la cestilla que ha quedado sobre una silla.)

MARG. (¡Ah! pues. ¿Qué digo yo ahora?)
Son de casa... y ademas... (Turbada.)
no es casi nada... una torta,
frutas...

MONZON. ¿Mas quién trajo esto?

MARG. Ya vé usted, estas son cosas
naturales... usted gasta
su haber en hacer limosnas,
y...

MONZON. La consecuencia es clara,
á mí me pagan con otra.

MARG. ¡Con otra!... ¡Qué disparate!...
Entre familia ¡qué importa
regalillo mas ó menos!
Sus sobrinos de usted gozan,
con que disfrute...

MONZON. ¿Son ellos?

MARG. Ellos son, y como ahora
está el señorito en casa...
y á la verdad no nos sobran
provisiones...

MONZON. ¡Y usted cuenta!

MARG. ¿Yo? Ni que estuviera loca.

MONZON. Á mi edad, sépalo usted,
lo único que incomoda,
es inspirar uno lástima
tan necia como infructuosa.
Me basta un poco de pan
para ser feliz.

MARG. Á solas
pensará usted de otro modo;
porque las penas le ahogan,
le ahogan, señor.

MONZON. Silencio.

MARG. Jamás he sido curiosa,

pero observo que los hijos
son los primeros que roban
á sus padres.

MONZON. ¡Margarita!

MARG. Si viviera la señora,
que en gloria esté...

MONZON. Aprobaria
mi conducta.

MARG. Se equivoca,
porque hay disparates...

MONZON. Basta.

MARG. Está bien, ruede la bola.
¡Ay de la pobre,
(Poniendo sillas alrededor de la mesa.)
que se fia en palabras
que dan los hombres.

ESCENA VI.

DICHOS, ALFREDO.

ALF. De vuelta ya, lo celebro,
el apetito me acosa
hace tiempo.

MONZON. Yo no almuerzo.

ALF. ¿Quiere usté evitar la gota?
(Ap. á Margarita.)
Entregue usted esta carta
á doña Elvira: me importa
la reserva.

MARG. Está muy bien.
(Se la entregaré á la otra.)
(Se la guarda en un bolsillo.)

MONZON. Quisiera hablarte de asuntos
importantes.

ALF. Nada estorba
que hablemos cuanto le plazca.
Yo almuerzo, usted se coloca
tranquilamente á mi lado,
y me acompaña y perora.

MONZON. Tal vez venga una visita.

ALF. Las visitas me incomodan.

ESCENA VII.

DICHOS, D. LESMES.

LESMES. Don Juan, don Alfredo... tengo
el honor...
MONZON. (Lesmes.)
ALF. (Qué cócora.)
LESMES. Siento venir á estorbar.
MONZON. No señor.
MARG. (Él siempre estorba.)
ALF. ¿Se pasó el susto?
LESMES. (¡Bribon!)
Su proteccion generosa
me salvó de los garrotes
de aquella turba de idiotas.
MARG. (¡Qué lástima!)
LESMES. No se aparta
un punto de mi memoria
el servicio.
ALF. ¡Ya lo creo!
MONZON. En los pueblos se alborotan
por tan poco...
LESMES. ¡Y en Madrid!
me ha dicho una vendedora
de agujas... que habia *algo*.
ALF. ¿Algo?
MONZON. Disturbios...
LESMES. ¡Qué importa!
MONZON. Pero...
ALF. No crean ustedes...
MARG. Yo sé que es una habladora
la tal tendera.
MONZON. ¡Es verdad!
LESMES. Pues tratemos de otra cosa.
Accediendo á sus deseos
de siempre, y aunque no corra
prisa, vengo á liquidar...
(Sacando algunos papeles de uno de sus bolsillos.)
ALF. ¿El qué? (Con sorpresa.)
MONZON. Salga usted, señora.

MARG. ¡Qué cosas van á salir!
(Oigamos, porque me importa.)
(Cierra la puerta del fondo y despues entra de puntillas por la puerta lateral de la derecha.)

ESCENA VIII.

ALFREDO, MONZON, LESMES.

Monzon saca tambien algunos papeles del armario, que examina cuando lo indica el diálogo, tanto que Lesmes los confronta con los suyos. Alfredo almuerza.

ALF. ¿Con que de liquidaciones
se trata?
LESMES. ¿Alfredito ignora?...
MONZON. Su mision allá en la córte
era seguir sin zozobra
los cursos de una carrera
tan difícil como honrosa,
y á mí me correpondia
buscarle fondos.
LESMES. Á costa
de sacrificios...
MONZON. No hablemos...
ALF. ¿Y nuestra hacienda?
LESMES. Fué corta
para subsanar los gastos
de una carrera costosa.
ALF. ¿Y á cuánto asciende la deuda?
LESMES. Si usted á mal no lo toma,
antes de sumar...
MONZON. Iremos
por partidas.
ALF. Nada importan
los detalles.
LESMES. Sin embargo,
bueno será que nos oiga.
MONZON. Al hacerte bachiller,
segun veo en esta nota,
pedí once mil reales.
LESMES. Precisamente: aqui consta.
MONZON. Al diez y seis.

LESMES. Hipoteca...
MONZON. Todas nuestras viñas.
ALF. ¡Todas!
Mas valian.
LESMES. Hace un año
que el *oidium* las devora.
MONZON. En el segundo de leyes...
ALF. Si, tuve que hacerme ropa:
empezaba á figurar.
LESMES. Pues, amigo, aquellas pompas
costaron catorce mil.
MONZON. En el quinto año...
ALF. ¡Otra
partida!
LESMES. Once.
MONZON. Al catorce.
ALF. Esos préstamos me asombran,
porque yo nunca he gastado
mas que lo justo.
LESMES. ¿Y las bromas?
MONZON. ¡Oh! no: las carreras tienen
exigencias imperiosas:
al menos segun decias;
y eran tales tus congojas,
que por socorrerte hubiera
pedido...
LESMES. Tal vez limosna.
ALF. Yo sé que mis condiscípulos
iban todos á la moda;
frecuentaban los cafés
y los teatros.
LESMES. Es cosa
terrible.
MONZON. Pero los padres
que un porvenir ambicionan
para sus hijos, no pueden
cambiar la faz de las cosas.
LESMES. Es verdad.
MONZON. Otra partida:
cuando tomaste la borla
de doctor, diez mil reales.
LESMES. ¡Bah! y ¿quién no se doctora'

por tan poco?

ALF. Es evidente.
(Este pícaro se goza
en mi pena.)

MONZON. Los tres años
qué has invertido á mi costa
en crearte relaciones...

LESMES. Mucho esta partida monta;
cuarenta mil.

ALF. ¿Y las rentas
de nuestros bienes?

MONZON. ¿No notas
que las absorbia el rédito
de nuestra deuda?

ALF. ¿Y ahora
cuál es la suma?

LESMES. ¿La suma?
Ochenta y seis mil.

ALF. No es corta.

LESMES. No se ha amortizado nada...

MONZON. Yo proyectaba reformas,
trabajaba; mas no pude
cambiar mi suerte enojosa.

LESMES. Preciso, el que tiene deudas
cuando no vende se ahoga.
Se lo he dicho á usted mil veces.

MONZON. ¡Vender!... Esa idea sola...
Aqui nacieron mis padres.

LESMES. Es indudable, sonroja
que otro dueño... mas ¿qué hacer?
la ocasion es perentoria,
y yo me encargo de todo
si me dá poder en forma.

MONZON. Ya oyes...

ALF. Si no hay remedio...

LESMES. Yo no puedo darles próroga.

ALF. ¿Y hecho el pago, qué nos queda?

LESMES. Una casuca ruinosa
y una tierra que dará...
si se la cuida y mejora,
cinco reales diarios.

MONZON. ¡Con ella viví hasta ahora!

ALF. ¡Dios mio!
LESMES. ¡Con eso solo!
ALF. ¡Cinco reales!
MONZON. ¿Qué importa
la suma, si soy feliz?
LESMES. ¡Alma noble y generosa!
Que no se olvide el poder
hoy mismo, pues sé quién compra.

ESCENA IX.

MONZON y ALFREDO.

ALF. ¡Tanto sacrificio, tanto!
escasa fuera la vida
para indemnizarle...
MONZON. Olvida
el extinguido quebranto.
ALF. ¿Olvidarlo?... Y usted piensa...
fuera en verdad no estar cuerdo.
MONZON. Pues bien, con ese recuerdo
ya me sobra recompensa.
ALF. ¡Padre!
MONZON. Mucho han murmurado
sobre si se hallaba llena
ó vacia mi alacena
y sobre mi traje usado.
Mas cuando esto sucedia
miraba al punto afanoso
este retrato precioso
de tu madre. La pedia
(Monzon entrega á Alfredo un pequeño medallon de oro que lleva al cuello.)
que me aconsejase á mí;
y qué quieres, ó fué un sueño
ó tu madre con empeño
me mandó velar por tí.
Y por variados motivos,
en esta muda reyerta
venció la voz de la muerta
la crítica de los vivos.
ALF. ¡Joya querida!

MONZON. Atesora
tal parecido que encanta,
es la imágen de una santa,
guárdala bien desde ahora.
Guárdala, porque de fijo,
aunque tu pecho taladre,
no hay tumba para una madre
como el corazon de un hijo.
Mas concluya el sentimiento:
el tiempo rápido avanza
y yo abrigo la esperanza
de leer hoy tu nombramiento.
ALF. Es seguro...
MONZON. Que te vea
pronto en un puesto brillante.
ALF. Usted dejará al instante
la aldea.
MONZON. ¡Dejar mi aldea,
á mi edad!...
ALF. Yo le aconsejo...
MONZON. No, no.
ALF. Seremos felices.
MONZON. Sin cortarle las raices
no se arranca el árbol viejo.
ALF. Entonces le enviaré
una pension... lo que pueda...
MONZON. Gracias, con lo que me queda
de mis bienes viviré.
ALF. ¡Imposible!
MONZON. Ya estoy hecho...
y á pesar de mi escasez
puede ser que alguna vez
te albergue bajo mi techo.

ESCENA X.

DICHOS, CRISTINO.

CRIST. Querido tio, aqui vengo
con una peticion magna.
MONZON. Pues de antemano concedo:
¿qué es ello, de qué se trata?

CRIST. Pilar y Elvira han dispuesto
ir al Pisuerga.
ALF. Me encanta
el proyecto: pescaremos.
CRIST. Precisamente.
MONZON. ¿Y me encargan
que arregle lo necesario?
CRIST. Y que nos busque una barca
ALF. Si usted se resigna...
MONZON. Á todo
cuanto querais, pues ni cansa
ni puede molestar nunca
lo que á los hijos agrada.
¡Ah! despues iré al correo
para ver si tienes carta.
Ya sabes... hoy es el dia (Á Cristino.)
en que esperamos la gracia.
¡Quién se hubiera figurado
cuando contigo jugaba
por los campos que seria
secretario de embajada!

ESCENA XI.

CRISTINO, ALFREDO.

ALF. Me hace falta un traje claro,
elegante y de buen corte.
CRIST. Aqui no estás en la córte,
y cualquiera...
ALF. ¿Eres avaro?
CRIST. No por cierto.
ALF. El labrador
prefiere la burda lana,
no se fija...
CRIST. Esta mañana
me fijé en tu mal humor.
ALF. ¡En mi mal humor!
CRIST. Creí,
y aun hubo de sorprenderme,
que te incomodaba verme
hablar con Elvira.

ALF. ¿Á mí?
extraña suposicion.
CRIST. ¿Suposicion?
ALF. ¿Cómo inventas
tales historias? ¿Intentas
pedirme satisfaccion?
CRIST. Ni satisfaccion reclamo
ni me valgo de mentira.
ALF. En ese caso...
CRIST. Amo á Elvira.
ALF. ¡Pobre Cristino!
CRIST. La amo
con pasion.
ALF. Enfermedad
que te matará de fijo.
CRIST. Pudiera ser, mas exijo
que me digas la verdad.
ALF. ¡La verdad!
CRIST. Esta rudeza
no indica encono punible,
es un rasgo incorregible
de mi campestre franqueza.
Tienes el mismo derecho
á su amor.
ALF. Es evidente.
CRIST. Pero si ha sido imprudente
este paso, si el despecho
inútil temor me inspira,
para acrecentar mi gozo
dime, Alfredo, sin rebozo
que nunca has amado á Elvira.
ALF. ¡Pero es posible que quepa
en tí tanto sentimiento!
Creí...
CRIT. Contesta al momento.
ALF. (Conviene que nada sepa.)
Pues me juzgaste muy mal.
¡Casarme de cualquier modo!
(Con fatuidad.)
CRIST. Elvira es digna...
ALF. Soy todo
de mi posicion social,

y no puedo enajenarme
asi como asi.

CRIST. ¡Que es mucho!

ALF. Hoy un hombre vale mucho.

CRIST. (Hice mal en asustarme.)

ALF. No digo que fuera en vano
el amor de Elvira; pero...
haria falta primero
que me ofreciese su mano.

CRIST. ¡Ella!

ALF. Ella. Este lenguaje
te asombra, pero me fundo
en que esto pasa en el mundo:
voy á ponerme otro traje.

ESCENA XII.

CRISTINO, solo.

¡Y Pilar pensó en un hombre
tan orgulloso y tan vano;
y mi buen tio por él
trabajó aqui sin descanso!
Pobre tio y pobre hermana,
rudo ha sido el desengaño.
Yo solo puedo entregarme
á la dicha,—rico, amado
independiente; qué pena
puede oponerse á mi paso.

ESCENA XIII.

MARGARITA, CRISTINO.

MARG. Ya no hay nada que me impida...
¡Ay, señorito del alma,
qué hijos!

CRIST. ¿Pues qué sucede?

MARG. Harto me lo figuraba
al verle entrar y salir
y volver...

CRIST. ¿Pero qué pasa?

MARG. Que como usted no lo impida
nos van á vender la casa.
Todo está empeñado.
CRIST. ¡Todo!
MARG. Como que empieza mañana
la venta.
CRIST. ¿Por quién?
MARG. Por Lesmes.
CRIST. ¡Será posible!
MARG. Prestaba
al amo ..
CRIST. Y mi pobre tio...
MARG. Hacia añicos la casa
por mantener como un príncipe
á su hijo. ¡Buena maula!
¡Ay! ¡qué carreras, qué padre,
y qué prole tan ingrata!
No crea usted, señorito,
que vierto por mí estas lágrimas,
sino por el amo: el pobre
aparenta tener calma;
pero no soportará
mucho tiempo esta desgracia.
CRIST. Y yo, imbécil, sin prever...
Pero no... tal vez te engaña
el buen deseo; mi tio
no me ha dicho una palabra.
MARG. Ni la dirá... ni tampoco,
si usté no arregla con maña
este desgraciado asunto,
aceptará nada.
CRIST. Nada,
ya lo sé.
MARG. ¡Buen genio tiene,
para tomar una blanca!
primero le hallarán muerto
por esos campos.
CRIST. ¡Oh! calla.

ESCENA XIV.

DICHOS, QUIRICO.

QUIR. Margarita, señorito,
me alegro encontrar á ustedes.
Queria, ya no sé... tengo
la cabeza tan endeble;
pero, si... son cosas... cosas
que dicen por ahí las gentes.
MARG. ¿Qué dicen?
QUIR. Puede que sean
habladurias, y puede...
CRIST. ¿Qué es ello?
QUIR. Que estaba yo
tomando el sol junto al puente
cuando llegan el tio Catre,
Anton, Narices de fuelle
y otros, y dicen...
CRIST. Acaba...
QUIR. ¿No sabes lo que sucede?—
¿Pues qué pasa? dije yo
con segunda,—que le venden
á don Juan Monzon las tierras,
segun ha contado Lesmes
en la plaza al escribano.
¿Por qué causa?—Porque tiene
muchas deudas.
MARG. ¿Oye usted?
QUIR. Entonces salté yo;—miente
ese bribon.
MARG. Muy bien dicho:
ese infame.
QUIR. Mas la plebe
del lugar se quedó hablando,
y uno decia: pues debe;
y otro: pues no debe, en fin,
todo lo que es consiguiente.
CRIST. (¡Dios mio!)
MARG. Si lo supiera
el amo...

QUIR. Porque no fuese
otro á contarlo, he venido...
CRIST. Y has hecho bien. Pues si Lesmes
se ha expresado de este modo
ha sido asaz imprudente!
Puedes decir que las tierras
de mi tio no se venden,
pues si tiene deudas cuenta
con mi aprecio y con mis bienes.
QUIR. Está bien.
CRIST. ¡Que te lo ha dicho
el señorito!
QUIR. Corriente:
y si me encuentro á ese avaro,
si le encuentro frente á frente...
Pero no, esperemos—calma.
¡Ay! ¡pobre Lesmes, que tiemble!

ESCENA XV.

MARGARITA, CRISTINO.

MARG. ¡Ve usted lo que son lugares
y lo que es Lesmes!
CRIST. Ya veo
que es necesario evitar
la venta.
MARG. Solo hay un medio...
CRIST. Harto lo sé, Margarita,
y aunque á mi pesar comprendo
que su aplicacion destruye
en gran parte mis proyectos,
no vacilaré un instante
en socorrer á mis deudos.
Voy á tomar mis medidas...
MARG. ¡Ay, qué corazon!
CRIST. Silencio;
pues ante todo es preciso
que guarde usted el secreto.
MARG. Bien, bien. (Llevemos la carta.)
Que le recompense el cielo.
(Sale por el fondo en el momento en que entran

D. Sisibuto y Elvira.)

ESCENA XVI.

CRISTINO, D. SISEBUTO, ELVIRA.

SISEB. ¿Está todo preparado?
ELVIRA. ¿Hay barcas?
CRIST. Mi tio espera
encontrar una.
SISEB. Dios quiera
que yo no sea el pescado,
pues nací tan infeliz,
que en todas las pescas, suelo
encontrar algun anzuelo
que se enganche en mi nariz.
ELVIRA. No tema usted.
SISEB. No he temido
nada nunca y menos hoy,
en que tan contento estoy.
Alfredo me ha prometido
que hablará de mi persona
al ministro, le dirá
que mi *quinal* llevará
el nombre de la Chinchona.
ELVIRA. ¡Qué ridiculez!
SISEB. Sobrina,
lo hago en conmemoracion;
la vireina de Chinchon
fué quien nos trajo la quina;
y yo no puedo olvidarme...
pero vámonos al rio...
CRIST. Imposible, amigo mio.
ELVIRA. ¿Cómo?
CRIST. Tengo que quedarme.
ELVIRA. Pronto irá...
CRIST. De ningun modo;
un negocio inesperado,
trascendental, lo ha cambiado
todo para mí.
SISEB. ¿Qué?
ELVIRA. ¡Todo!

¿Emplea usted ese ardid
para quedarse en la playa?

CRIST. Ya es imposible que vaya
con ustedes á Madrid.

ELVIRA. Extraño en su rectitud
ese cambio.

SISEB. ¿Qué sucede?

CRIST. No puedo ahora...

ELVIRA. ¿No puede
sacarnos de esta inquietud?
Por Dios, tenga usted franqueza.
¿No soy su mejor amiga?

CRIST. Si; pero á callar me obliga...

ELVIRA. ¡El qué!

CRIST. Mi delicadeza.
Un dia verá tal vez
que las circunstancias fueron
las que hoy á prueba pusieron
mi silencio y mi honradez.

ELVIRA. (Con acento suplicante.)
Pero una palabra...

CRIST. Una,
fuera explicar en conjunto
este desgraciado asunto.

SISEB. Pues no diga usted ninguna.

ESCENA XVII.

DICHOS y ALFREDO. Sale de su cuarto.

CRIST. Mi tio, Alfredo, Pilar
los distraerán.

ELVIRA. ¡Ingrato!

SISEB. Me está usted dando un mal rato.

ELVIRA. No me podré consolar.

ALF. (¿Qué es esto?)

CRIST. (Acercándose con ternura.)
¡Elvira!...

ELVIRA. (Con ironía.) No olvide
sus negocios. (¡Quién creyera!)

ALF. (Triunfé.)

CRIST. (Si ella supiera

que es Alfredo quien impide...)

ALF. ¿Y te vas?

CRIST. Es necesario.

ALF. Pues eres muy poco ducho, primo. (Á media voz y riendo)

CRIST. (Conteniéndose.) Diviértete mucho. (Busquemos al secretario.) (Váse.)

ESCENA XVIII.

SISEBUTO, ALFREDO, ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué es lo que tiene?

SISEB. ¿Usted sabe qué ha pasado?

ALF. Nada ha dicho.

SISEB. Será un capricho.

ALF. Un capricho.

ELVIRA. Lo que sucede es mas grave.

ALF. Cristino es casi mi hermano...

ELVIRA. Y el mio.

ALF. Es amigo fiel, excelente, pero en él se vé siempre al aldeano.

SISEB. Precisamente.

ELVIRA. Jamás noté tal cosa.

SISEB. ¡Me admira!

ALF. Los aldeanos, Elvira, no son como los demas.

SISEB. Su primo es poco galante.

ALF. En cambio es avaro.

ELVIRA. ¡Avaro!

ALF. Si calculó que era caro el viaje, ya fué bastante para desistir.

ELVIRA. ¡Qué idea!

ALF. Crea usted...

ELVIRA. De ningun modo.

SISEB. Aqui se calcula todo.

ALF. ¡Todo!... pues si es una aldea; es decir, el egoismo

vegetando en su elemento,
la expresion y el sentimiento
del sucio materialismo.
Amores que el alma encierra,
la virtud, la inspiracion,
¿qué valen aqui, qué son
comparados á una tierra?

ELVIRA. (¡Dios mio!)

SISEB. No les acosa
mas que el interés mezquino.

ALF. ¿Y qué esperar de Cristino,
si nunca aprendió otra cosa?

SISEB. Es evidente.

ELVIRA. (¡Yo muero!)

ALF. Tal vez se haya presentado
una finca...

SISEB. Y la ha comprado.

ALF. Lo primero, es lo primero.

ELVIRA. Está en su derecho.

SISEB. Si;
pero se porta muy mal,
sobrina.

ALF. Era natural
que esto concluyera asi.

ELVIRA. En todo caso, ¿por qué
vacilar, atormentarse,
cuando usted puede informarse?...

ALF. Yo...

ELVIRA. Se lo ruego...

ALF. -Veré...
á súplica tan galante
no hay fuerza que se resista...
(Hoy consumo mi conquista.)
Voy á buscarle al instante.

ESCENA XIX.

D. SISEBUTO, ELVIRA.

ELVIRA. En mal hora abandonamos
la córte, segun el giro
que nuestras soñadas dichas

van tomando en estos sitios.
SISEB. En mal hora: sin embargo,
la nacion tendrá un plantio
nuevo hasta ahora.
ELVIRA. ¿Y quién piensa
en eso, cuando hay motivo
para morir?
SISEB. Una cosa
es el amor, y otra el quino.
ELVIRA. ¿No se compadece usted
siquiera de mi suplicio?
SISEB. ¡Y quién te mandó ocuparte
de un hombre como Cristino!
ELVIRA. No le juzgue usted tan mal.
SISEB. En el fondo es un buen chico.
ELVIRA. ¡Excelente!
SISEB. Tambien sé
que nunca ha dado motivo
de queja, ¿mas no prefieres
la soltura de su primo,
su aplomo?...
ELVIRA. No hablemos de eso.
SISEB. Un abogado que ha oido
mi memoria, con la cual
podria hacerse ya un libro
en cuarto mayor. —Un jóven
que ofrece hablar al ministro
por mí.
ELVIRA. Pero...
SISEB. ¡Un escritor
de talento conocido,
que publicará la lista
de mis muchos sacrificios!
ELVIRA. ¡Y usted ha podido creer
que cambiaré de designio
por un arbusto execrable!
SISEB. ¡Sobrina!
ELVIRA. Por un plantio
inverosímil.
SISEB. ¡Qué dices!
ELVIRA. Por un proyecto ridículo.
SISEB. No me asesines.

ELVIRA. ¡Perdon,
perdon!... ¡no sé lo que digo,
porque sufro de tal modo!
SISEB. Bien, bien, eso ya es distinto.

ESCENA XX.

DICHOS, MARGARITA.

MARG. Don Sisebuto, un criado
de don Lesmes ha venido
á buscarle.
SISEB. ¿Qué querrá
ese criado?
MARG. Le ha dicho
su amo que corre prisa,
pues ya encontró...
SISEB. ¡Lo que ansio!
¡Lo que sueño!... tierras... corro...
tierras...
ELVIRA. Espere usted, tio.
SISEB. Vuelvo al momento... ¡Oh, ventura!
MARG. Nada, se le ha vuelto el juicio.

ESCENA XXI.

MARGARITA, ELVIRA.

Margarita fingiendo que arregla los muebles observa á Elvira, que está profundamente preocupada.

ELVIRA. ¡Se vá!...
MARG. Deje usted que parta,
que no faltará á la pesca.
ELVIRA. (¡Qué tormento!)
MARG. (Ya está fresca
si de Alfredo espera carta.)
ELVIRA. (¿Pero por qué no me explica
lo que pasa?)
MARG. (Está en un potro.)
ELVIRA. (Nada comprendo.)
MARG. (Y el otro

la quiere porque es mas rica;
pues, no señor.)

ELVIRA. (¿Será asunto
de familia y no querrá
decirme?...)

MARG. (Pena me dá.)

ELVIRA. (¡Ah! tal vez sobre este punto
pueda esta mujer...)

MARG. (Dios mio,
qué ojos me echa!)

ELVIRA. ¿Usted vió
(Acercándose con viveza á Margarita.)
á don Cristino?

MARG. Si.

ELVIRA. ¿Habló
con su tio?

MARG. Con su tio
y tambien con mi persona.

ELVIRA. ¿De negocios?

MARG. Nada sé.

ELVIRA. ¿De compras?...

MARG. Dispense usté,
mas... como no soy fisgona...

ELVIRA. Es singular... no adivino
entonces...

MARG. ¿El qué? yo puedo
tal vez... ¿se trata de Alfredo?

ELVIRA. No señora; de Cristino.
Le he visto preocupado,
y averiguar me conviene...

MARG. ¡Ah! ¡ya!... yo sé lo que tiene.

ELVIRA. ¡Usted!

MARG. Pero me ha mandado
que no diga...

ELVIRA. Por favor...

MARG. Yo...

ELVIRA. Hable usted.

MARG. (¿Cómo arreglar?
Le diré...) Quiere comprar
unas tierras de labor.
En la falda de las sierras
estan, parece un verjel

todo aquello, y como él
no piensa mas que en las tierras!

ELVIRA. ¿Está usted segura?

MARG. Y mucho,
como que tiene capricho
por ellas.

ELVIRA. ¿Y se lo ha dicho?

MARG. Esta mañana.

ELVIRA. (¡Qué escucho!)

MARG. Él asi su dicha labra.

ELVIRA. (¡Qué humillacion y qué afrenta!)

MARG. Ya la dejo tan contenta
sin faltar á mi palabra.
(Se marcha por el fondo.)

ESCENA XXII.

ELVIRA.

Ya no hay duda. ¡Pobre Elvira!
¡Por qué soñaste un eden
si entre los campos tambien
es la constancia mentira!
Cuando mi sencillo amor
há poco le confesaba,
Cristino solo pensaba
en sus tierras de labor.
Ya solo me queda aqui
el rubor de haber querido
á quien por mi culpa ha sido
tan ingrato para mí.
Pero mi mente no accede,
duda aun... ¡Ah! tal vez pueda
saber... un medio me queda:
veamos lo que sucede.
(En el momento en que vá á salir entra Cristino. Elvira se detiene, cambia su fisonomia y habla con la mayor volubilidad é ironia.)

ESCENA XXIII.

ELVIRA, CRISTINO.

CRIST. (¡Ella!)
ELVIRA. (¡Valor!) ¿Vá marchando
el negocio?
CRIST. Por cuán poco
dudas de mí.
ELVIRA. No provoco
una explicacion.
CRIST. Amando
con tal vehemencia...
ELVIRA. ¿El barbecho?
CRIST. ¡Elvira!
ELVIRA. ¿El monte, la vega?
¿cuál de ellos su amor te niega,
ó miras ya satisfecho
surgir en el horizonte
de tu ambicion singular
los productos que han de dar
barbechos, vegas y monte?
CRIST. ¡Qué! tus sospechas creyeron...
ELVIRA. Nada la atencion me llama:
venturoso aquel que ama
la tierra de que le hicieron;
pues de este modo hace ver
que no es culpable si yerra,
que son sus pasiones tierra
y tierra todo su ser.
CRIST. No te muestres enojada.
ELVIRA. Si estoy contenta.
CRIST. ¡Dios mio,
qué carácter!
ELVIRA. Si me rio:
¿no lo ves? Pues ahí es nada,
una compra: vé de prisa,
no sea que esten fraguando
un complot.
CRIST. ¡Estás llorando!
ELVIRA. Estoy llorando de risa.

CRIST. ¡Oh! no: tu desdicha labra
mi silencio.
ELVIRA. ¡Qué quimera!
Adios.
CRIST. Escúchame, espera.
ELVIRA. Imposible.
CRIST. Una palabra.
ELVIRA. ¿Qué, no te acuerdas ya?... Una
fuera explicar en conjunto
este desgraciado asunto,
con que no digas ninguna.

ESCENA IV.

CRISTINO.

¡Lágrimas que prueban celos,
celos que anuncian amor,
por mas que causen pesares
cuán gratos al alma son!
¡Pobre Elvira! si supiera
el sacrificio que voy
á imponerme... pero pronto
comprenderá que el honor
de mi familia es primero
que un viaje, que una pasion.
Veamos á Alfredo antes
de hablar con el acreedor.

ESCENA XXV.

CRISTINO, PILAR.

PILAR. Cristino, vengo á buscarte:
si supieras... ¡pobre hermano!
CRIST. ¿Qué tienes? Tiembla tu mano;
estás pálida...
PILAR. Ocultarte
pensaba... pero tal mella
produjo en mi corazon
su inesperada traicion,
que quiero informarte de ella.

Dióme Margarita há poco
una carta, conocí
que era de Alfredo y la abrí,
porque amor fué siempre loco.

CRIST. Y esa carta...

PILAR. Para Elvira
se escribió...

CRIST. ¡Y osaste, hermana!

PILAR. Toda reflexion es vana
ante la sospecha. Mira
y juzga despues. (Le dá una carta.)

CRIST. Me espanta
abusar...

PILAR. ¿No amas?

CRIST. ¡Qué necia
duda!

PILAR. Entonces, ¡quién desprecia
infamia y calumnia tanta!
(Cristino recoge la carta y despues dice.)

CRIST. ¡Oh! la ama y me decia
que nunca...

PILAR. Del mismo modo
se portó conmigo.

CRIST. Todo
es una atroz villania.
«¿Cómo podrá merecer (Lee.)
»su amor, Elvira adorada,
»un palurdo sin talento,
»sin tacto y sin elegancia,
»que la hablará de sus mulas,
»de su huerta y de sus vacas?
»¿Qué papel hará en la córte
»un esposo de esa facha,
»ni cómo podrá usted nunca
»sufrir con valor las chanzas
de que pronto será objeto
»tan ridícula alianza?
»Olvide usted á Cristino
»y dirija una mirada
»á quien estando á la altura
»de su posicion, solo ama
»en ella, el raro conjunto

»de sus hechiceras gracias.
»Si me otorga la ventura
»que ambiciona mi esperanza,
»sea la fiel portadera
»de una noticia tan grata
»la sencilla rosa, emblema
»del amor de nuestra infancia.»
Por fin apuré el veneno,
gota á gota sin ahogarme.
Dios mio, ¿y no he de vengarme!
¡Oh! si...

ESCENA XXVI.

DICHOS, ALFREDO.

Al ver entrar á Alfredo Pilar lanza un grito y se coloca delante de su hermano.

PILAR. ¡Él!!
CRIST. Estoy sereno.
ALF. Te busco hace media hora
para saber qué ha pasado
PILAR. ¡Por Dios!
CRIST. Que me has engañado,
porque tu pecho atesora
en vez de nobleza, lazos
miserables, mala fé,
cobardia... en fin, no sé
cómo no te hago pedazos.
ALF. ¿Qué es esto?
PILAR. ¡Cristino!
CRIST. Aparta,
pues con alma, y frente á frente,
quiero probar si desmiente
que es suya esta infame carta.
ALF. En lid de amor...
CRIST. Vale mas,
si asi lo quiere la suerte,
dar con un hierro la muerte,
con la calumnia, jamás.
Y eso haria, aunque condenas

mi insuficiencia, eso haria
si no viera que es la mia
la sangre que está en tus venas.
¿Por qué altivo se levanta
tu encono contra mi pecho?
por qué ese injusto despecho
que por tu suerte me espanta?
¿Por qué tu calumnia ondea
sobre mis dias serenos?
¿Por ventura valgo menos
por ser hijo de la aldea?
¿Habrá aqui nada que acorte
mi aliento y mi inspiracion,
cuando tengo un corazon
que es mas grande que la córte?
¡Insensato!.. ¡Cuánto agrava
el mal tu culpable dolo!
conmigo pierdes el solo
protector que te quedaba.
Pues mientras mi noble aliento
mayores males no impida,
solo le queda á tu vida
miseria y remordimiento.

ALF. (Con ironia.)
Tienes celos y me acosas...
mas soy amado.

CRIST. ¡Mentira!

ESCENA XXVII.

DICHOS, MARGARITA. Esta trae un ramillete de rosas que entrega á Alfredo.

MARG. Esto envia doña Elvira
para usted.

PILAR. ¡Cielos!

CRIST. (Con desesperacion.) ¡Las rosas!

ALF. Triunfé.

PILAR. ¡Se amaban!

CRIST. Ufano
las miras.

ALF. Pagan mi amor.

CRIST. No es digno un calumniador
de tenerlas en su mano.
(Las arroja al suelo.)
ALF. ¡Tal arrebato!
CRIST. Esparcidas
como ves, por mi despecho,
(Deteniendo con fuerza á Alfredo.)
no estarán como en tu pecho
ajadas y envilecidas.
Y ademas, no quiero yo
que en ellas poniendo el labio
hagas un infame agravio
á quien loca te las dió.
ALF. ¡Oh, márchate!
CRIST. Saldré, si...
MARG. No. (Aterrada.)
CRIST. Has querido perderte,
vine mi apoyo á ofrecerte,
y tú me arrojas de aqui.
MARG. ¡No se marche usted!
(Cristino y Pilar se dirigen á la puerta del fondo. En este momento entra Monzon corriendo con una carta en la mano.)

ESCENA XXVIII.

DICHOS, MONZON, despues D. SISEBUTO, LESMES, ELVIRA.

MONZON. En fin,
hubo carta en el correo.
¿Dónde vais? Pilar, Cristino ..
¿Qué teneis?... Lee pronto, Alfredo.
Lee pronto, por el volúmen
debe ser tu nombramiento.
¿Pero no ois? Acercaos.
(Alfredo abre maquinalmente el pliego, Margarita que se enjuga las lágrimas, está al lado de Cristino, que contempla esta escena dando señales de la violenta lucha que le agita.)
ELVIRA. ¡Oh! ¡mis flores en el suelo!
LESMES. (Á media voz á Sisebuto.)
Carta de Madrid, veamos.

SISEB. (Preocupado.)
No repararé en el precio.
ALF. Me escribe un amigo, antiguo
oficial del ministerio.
(Todos rodean á Alfredo.)
(Leyendo.) «Querido Alfredo: Los ministros
»acaban de ser reemplazados por un nuevo
»gabinete. Lo forman nuestros mas encar-
»nizados enemigos, razon por la cual, la ma-
»yor parte de los empleados de hoy van á
»ser destituidos. Se habla de algunas prisio-
»nes de periodistas. Dichoso usted, amigo
»mio, que no necesita destinos, y que pue-
»de vivir tranquilamente en un pueblo con
»el producto de sus tierras. No salga usted
»de su provincia, y espere en ella á que cai-
»gan los nuevos corifeos.» (Momento de silen-
cio.)
MONZON. Insensato, ya desea (Con amargura.)
que quiten este gobierno,
y hace apenas doce horas
que está ocupando su puesto!
¡Para qué! para que otro
le dé al subir un empleo,
que le quitará mañana
sin causa otro ministerio.
Y yo sobre esto formaba
quimeras desde mi pueblo,
y tú... y vosotros... y todos
os burlabais de mi sueño
sin decirme, no confies,
no confies, pobre viejo,
porque no hay de positivo
mas que tu ardiente deseo.
LESMES. ¡Si era natural! (Con alegria.)
SISEB. ¿Acaso
se dan asi los empleos?
ALF. Estoy seguro que pronto
se colocarán los nuestros.
MONZON. Para entonces, hijo mio,
para entonces, habré muerto.
MARG. ¿No le oye usted?

(Sollozando á Cristino á media voz.)

PILAR. Mi buen tio,
todos le consolaremos.
(Asiendo afectuosamente la mano de Monzon.)

CRIST. (Entre el odio y el honor
el honor es lo primero.
(Se dirige con viveza á Lesmes y le dice.)
Yo pago todas la deudas
de mi tio.

LESMES. ¡Usted!! (Con asombro.)

CRIST. Silencio.
(Indicando á Monzon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Casa de don Lesmes. Habitacion amueblada con pobrez y desaliño. En el fondo una gran reja por la cual se vé el campo. Dos puertas laterales: una á la izquierda que comunica con las afueras de la Adea, y otra á la derecha que dá á la calle. Al lado de la primera, habrá un armario de pino, y en primer término una mesa. Al levantarse el telon, Lesmes aparece clavando un pedazo de tabla en la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

LESMES, despues FRANCISCO.

LESMES. Toda precaucion es poca
contra un ataque imprevisto.
Aseguremos la puerta
que dá al campo. Otro clavito.
Á ver la reja... La reja
no ofrece ningun peligro.
(Dando algunos golpes con el martillo en la reja.)
FRANC. ¿Señor?
LESMES. ¿Vienes de las eras?
FRANC. Ya hemos hacinado el trigo.
LESMES. ¡Hola!
FRANC. Aquello quita penas.
LESMES. ¿Conque habrá mucho?
FRANC. Imagino

que no bastará el granero.

LESMES. Haremos otro, Francisco;
no te apures.

FRANC. Ya lo creo,
señor; si es usted mas rico!..

LESMES. Calla... nos pueden oir...
(Con temor y mirando á un lado y á otro.)

FRANC. ¿Qué importa?

LESMES. Calla, te digo.

FRANC. Bien. ¿Echo un pienso al caballo?

LESMES. ¡Pienso cuando los vecinos
tienen bardeles cubiertos
de yerba! Solo el domingo
debe probar la cebada.

FRANC. Pero...

LESMES. Así andará mas listo.

FRANC. (¡Pobre jaco!)

LESMES. Vé al momento
á casa de don Cristino
y di á su hermana que venga.
Ha tiempo que me ha pedido
unos pensamientos dobles
que tengo en mi huertecillo,
y quiero que escoja aquellos
que le parezcan mas lindos. (Váse Francisco.)
Mi objeto es hacerle ver
que no hay bastante motivo
para que su hermano pague
los créditos de su tio.

ESCENA II.

LESMES, D. SISEBUTO, ELVIRA.

SISEB. No he podido descansar
pensando en su ofrecimiento...
en las tierras... ¡Oh contento!
Por fin me voy á afincar.

LESMES. Habrá sus dificultades
para ello.

SISEB. No adivino...

LESMES. Que quiere comprar Cristino

tambien esas heredades.

ELVIRA. ¡Ah! son esas... no sabia...

SISEB. Yo tampoco.

LESMES. (¿Habrá ocultado
por decoro...)

SISEB. Es reservado
por lo visto...

LESMES. Desconfia
de ustedes.

SISEB. Ahí está el quid:
nos miraba con un ceño...
á los dos... (Á Elvira.)

ELVIRA. ¿Dónde está el dueño
que vende?

LESMES. En Valladolid.
(Ganemos tiempo.)

ELVIRA. ¿No ha dicho
qué causa á comprar le obliga?

LESMES. Yo la sé sin que él lo diga:
satisfacer un capricho
de aldeano.

SISEB. Por supuesto;
mas se empeña en hacer ver
que si compra es por deber...

LESMES. Bueno es hallar un pretexto.

ELVIRA. (No descubro nada... nada;
siempre sombra.)

SISEB. ¿Y qué partido
tomar?

LESMES. Yo estoy decidido
por usted.

SISEB. ¡Alma elevada!

LESMES. ¿Qué hombre de peso abandona
á un sabio?

SISEB. Su proceder
hará pronto florecer
mi hacienda de la *Chinchona*;
y ese servicio eminente
luego el pueblo pagará.

LESMES. Dudo...

SISEB. Su estátua pondrá
en donde hoy está la fuente.

En cuanto á mí, por las luces
naturales que atesoro,
me darán oro, mucho oro,
y me cubrirán de cruces.

ELVIRA. Pues aunque tengo razones
para quejarme, intercedo
por Cristino.

SISEB. Yo no puedo
soportar á los Monzones.

LESMES. ¡Qué primos! El uno ingrato
y el otro loco y perdido.

SISEB. ¡Afiliarse en un partido
que iba á caer! ¡Insensato!

ELVIRA. Pero ¿qué culpa?...

SISEB. ¡Engañarme
con su proteccion á mí,
que afectuoso le leí
mis memorias sin cansarme!...
¿Pues y los otros?... ¡qué porte,
qué ingratitud! Ofrecimos
la casa á Pilar. Vinimos,
y ya no van á la córte.
Todo ha sido una impostura.

ELVIRA. Razones que usted ignora
tal vez...

SISEB. Señale usted hora
para firmar la escritura.

ESCENA III.

DICHOS, CRISTINO.

ELVIRA. (¡Ah! ¡Cristino!)

CRIST. Señorita...

LESMES. (¡Qué compromiso!)

CRIST. Ignoraba
que aquí...

SISEB. De usted se trataba;
de modo que su visita
es en extremo oportuna..
Igual finca ambicionamos.

LESMES. (Nada he dicho.) (Ap. á Cristino.)

SISEB. Los dos vamos
invocando á la fortuna;
á luchar por obtenerla.
Yo soy terco cual ninguno;
de modo que es oportuno
que me la ceda.
CRIST. ¡Cederla!...
ELVIRA. Pero, tio, usted olvida...
SISEB. Basta; yo no olvido nada.
ELVIRA. Esa tierra desdichada
es de Cristino la vida.
La consagra su cariño
mas ferviente.
SISEB. (Ap. á Elvira.) (El labio sella
ó todo se pierde.)
ELVIRA. En ella
piensa acaso desde niño.
CRIST. (¡Qué ironia!) Mucho siento
que don Lesmes dé ocasion
á esa noble proteccion.
LESMES. ¡Yo!...
CRIST. Conoce el sentimiento
que me anima, y las razones
que me fuerzan á adquirir
esas tierras.
SISEB, Es decir
que no entrará en transacciones
amistosas.
CRIST. Imposible.
SISEB. ¡Cristino!
CRIST. Lo siento mucho;
mas no cederé.
SISEB. ¡Qué escucho!
LESMES. Energia. (Ap. á Sisebuto.)
SISEB. ¡Es increible!
Su ambicion desmesurada
me exacerba, me asesina.
CRIST. Pero...
SISEB. Yo produzco quina,
y usted produce cebada.
CRIST. No me extraña ese rigor,
porque ignora que la tierra

en cuestion, para mí encierra
un grave asunto de honor.

ELVIRA. ¡De honor!

SISEB. (Mirando á Lesmes.) Cómo se concilia...

CRIST. (Con viveza.) Respete usted...

SISEB. Yo respeto;
mas...

CRIST. Se trata de un secreto
de familia.

ELV. y SIS. ¡De familia! (Con sospecha.)

(Elvira se acerca con rapidez á Cristino. D. Sisebuto y Lesmes hablan aparte.)

ELVIRA. ¡Cristino!

LESMES. En todo ha mentido.

ELVIRA. La verdad dime por Dios;
habla... habla.

CRIST. Entre los dos,
todo, Elvira, ha concluido.

SISEB. Si es engaño...

LESMES. Engaño es.

ELVIRA. Nunca, nunca me quisiste.

(Se separa enojada de Cristino.)

LESMES. Finjamos que usted desiste
para engañarle despues.

ELVIRA. (Lesmes me lo dirá todo.
Volveré.)

CRIST. (¿De qué hablarán?)

(Acercándose á Lesmes y Sisebuto.)

Señores...

LESMES. Cese su afan.
Cristino: ya encontré modo
de arreglar...

CRIST. ¿Cede usted...

SISEB. Cedo,
porque...

LESMES. (Silencio.) (Ap. á Sisebuto.)

CRIST. El favor...

SISEB. Siendo un asunto de honor
interponerme no puedo.

ELVIRA. Gracias. (Á Sisebuto.)

SISEB. Vámonos, Elvira.

CRIST. Siento motivar su enojo;

pero...

SISEB. Compre usté á su antojo.
(Ya pagarás la mentira.)

ESCENA IV.

CRISTINO, LESMES.

LESMES. ¿Con que quiere usted saldar
los créditos de su tio?
CRIST. Si señor.
LESMES. ¡Oh, juventud!
(Con fingida bondad.)
CRIST. Ya solo espero el recibo
para entregarle los fondos.
LESMES. Me asusta ese sacrificio.
¡Cuánto se burlará Alfredo;
Alfredo, que le ha ofendido;
que le ha calumniado tanto!
CRIST. No se trata de mi primo.
LESMES. El mundo...
CRIST. No es por el mundo
lo que hago.
LESMES. Bien, Cristino;
pero usted tiene una hermana,
propiedades en cultivo
y deberes...
CRIST. El primero
es salvar á un hombre digno,
á quien llevan á la tumba
las locuras de su hijo;
así pues, este negocio
ha de terminarse hoy mismo.
LESMES. Pero y si yo protegiendo
su hacienda, bien entendido,
me opusiera ahora...
CRIST. Basta:
sé que es usted enemigo
de los Monzones: que abriga
bajos é infames designios;
pero yo estoy en acecho,
Lesmes, y al menor indicio

de traicion...

LESMES. ¡Traicion! ¡jamás!

CRIST. Adios, aguardo el recibo. (Váse.)

ESCENA V.

LESMES, SISEBUTO.

LESMES. Espera, espera impaciente,
que hasta mi postrer suspiro
trabajaré por la ruina
de esos Monzones altivos.
Don Sisebuto y Pilar
me ayudarán, pues son niños,
y no hay reflexion posible
adonde no existe juicio.

SISEB. (Se dirige hácia su casa,
entra en ella. Al ín respiro.)
(Entra corriendo y mira por la reja.)
Conque el tal jóven intenta
engañarme como á un chino?
Conque es asunto de honor?
esa familia... son *mitos*
fabulosos! ¡Oh ignorancia!
hacer la guerra al febrífugo
mas importante, mas noble,
mas asombroso y mas digno!
¡Oh estulticie! como exclama
Juan Pabon en sus escritos.
¿Qué dice usted, caro Lesmes?

LESMES. Que en estos pueblos raquíticos
cuando se trata de tierras
no se conocen amigos.
Todas las mentiras sirven;
todos los medios son lícitos.

SISEB. ¿Si? Pues guerra á muerte, compro,
y despues de dejar limpios
los campos de innobles viñas
y de sembrados mezquinos,
empiezo mi plantacion
segun los buenos principios:
primero; la *cordifolia*

y *glandulífera*, digo,
ante todo la *micranta*.

LESMES. Despues veremos los libros:
vaya usted por esa calle,
(Señalando por la reja los sitios que nombra.)
atraviese usted de un brinco
el arroyo, dé usted vuelta
á los cubos del molino;
suba usted por la alameda
procurando no ser visto,
y entre usted en el corral
del escribano: escondido
en él, espere á que den
las diez, pues debe un amigo
traerme para esa hora
los documentos precisos.

SISEB. Esperaré todo el dia;
mas siga usté otro camino.

LESMES. ¡Oh! no pase usted cuidado:
tal vez vaya, si hay peligro,
por las cañerias.

SISEB. ¡Hombre!
¡buena vía! Simpatizo
con usted. Solo quisiera,
se lo juro, amigo mio,
curarle algunas tercianas
para pagarle el servicio. (Váse.)

ESCENA VI.

LESMES, PILAR.

LESMES. El pobre me sirve á mí
y aun me quisiera pagar.
¡Cuánto estúpido! ¡Pilar!

PILAR. (Entra muy agitada.)
Don Lesmes... ¿ya no está aqui
mi hermano? Solo he venido...

LESMES. Ya sé: por los pensamientos
dobles.

PILAR. En estos momentos
me ocupa...

LESMES. Si, lo ofrecido
es deuda.
PILAR. Despues, despues. (Queriendo irse.)
LESMES. ¿Despreciar tal friolera?
PILAR. No es eso.
LESMES. Si usted supiera (Con misterio.)
¡pobre niña! el interés
que me inspira.
PILAR. No comprendo.
LESMES. ¡Qué inhumanidad! Al punto
vuelvo.
PILAR. (Deteniéndole.)
Hable usted.
LESMES. Es asunto
muy importante. Estoy temiendo
que usted sufra los rigores
de la escasez, pues en vano
he suplicado á su hermano.
PILAR. ¿Qué pasa?
LESMES. Voy por las flores.
PILAR. ¡Cielos! un duelo quizá.
¡Oh! que cese mi tormento:
cuente usted...
LESMES. Vuelvo al momento.
PILAR. (Siguiéndole.)
Pero...
LESMES. (No se marchará.)
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA VII.

PILAR, ELVIRA.

PILAR. Solo Lesmes no conspira
contra mí. Quiere impedir...
¡Cielos! ¿Se irán á batir
los dos primos por Elvira?
ELVIRA. (Saliendo por la derecha.)
¿Se habrá ido?
PILAR. (Sin ver á Elvira.) ¿Por qué abulta
la incertidumbre el pesar?
¡Tú aqui!

ELVIRA. Vengo á preguntar
lo que Cristino me oculta.
PILAR. ¡Cómo! ¿Te interesa acaso?
ELVIRA. No hay mal que no me conmueva
si le aflige á él. De prueba
puede servirle este paso.
PILAR. Él creyó que le olvidaba
tu corazon.
ELVIRA. Yo creí
que me despreciaba á mí
por las tierras que compraba.
PILAR. ¿Y pudiste sospechar?...
ELVIRA. ¿Qué corazon no delira?
quién no duda?...
PILAR. ¡Pobre Elvira!
ELVIRA. Dímelo todo, Pilar.
PILAR. Por ser digno del ardiente
cariño que tu alma encierra,
Cristino regó la tierra
con el sudor de su frente.
Y cuando yo me oponia,
él me contestaba á todo:
trabajando de este modo,
Pilar, ella será mia.
En tanto Alfredo gastaba
en Madrid, su padre aqui
se empeñaba...
ELVIRA. Y yo creí...
PILAR. En fin, don Lesmes trataba
de vender todo.
ELVIRA. ¡Dios mio!
PILAR. Ya ves: nada le ha devuelto;
mas Cristino está resuelto
á salvar á nuestro tio.
ELVIRA. Noble corazon. Es justo
impida...
PILAR. Mas no es la venta
lo que tanto le atormenta;
es tu proceder injusto.
ELVIRA. ¡Cómo injusto! No concedo.
Siempre buena y cariñosa
he sido.

PILAR. ¿Olvidas la rosa
que ayer enviaste á Alfredo?
Si sacrifico inhumano
mi eterna dicha á la tuya...
ELVIRA. ¿Le amabas?
PILAR. ¡Que no destruya
el porvenir de mi hermano!
ELVIRA. ¡Oh! ¡te abandonó cruel!
PILAR. Ya no me acordaré mas,
puesto que tú...
ELVIRA. ¡Yo! jamás,
jamás he pensado en él.
Pero no vuelvas tampoco
á otorgarle tu cariño,
pues las promesas de un niño
valen mas que las de un loco.
Si con él cambié una flor
y su amor fingí aceptar,
fué solo para estudiar
á Cristino. En mi rencor,
olvidé que su constancia
seria imperecedera
como la historia hechicera
del amor de nuestra infancia.
PILAR. ¿Conque jamás has querido,
Elvira mia, ofenderle?
¡Oh! ven, ven á devolverle
el bien que llora perdido.
(En el momento en que vá á salir se oye la voz de Alfredo. Elvira y Pilar retroceden, y cuando lo indica el diálogo, entran en la primera puerta lateral izquierda.)
ALF. ¡Lesmes, Lesmes!
PILAR. ¡Ay de mí!
Es mi primo Alfredo.
ELVIRA. Huyamos.
PILAR. Subiendo está.
ELVIRA. ¿Adónde vamos?
PILAR. Escondámonos aqui. (Vánse las dos.)

ESCENA VIII.

LESMES, ALFREDO.

ALF. ¡Lesmes!
LESMES. Allá voy, Alfredo.
(Entrando con una mata de pensamientos.)
ALF. ¿Dónde estaba usted?
LESMES. Estaba
en mi huerto. (Se ha marchado.)
(Mirando con sorpresa á un lado y á otro.)
ALF. ¿Usted se ocupa de cándidas
florecillas? ¡Oh inocencia!
LESMES. Bien, bien, no estoy para chanzas.
(Dejando sobre un mueble los pensamientos.)
Tengo prisa.
ALF. Pues yo tengo
el uso de la palabra.
LESMES. ¡Qué genio!
ALF. No es genio: *esprit*.
LESMES. Nada le entristece.
ALF. Nada.
En el gran mundo vivimos
despreciando ese fantasma
que se llama *quid oscurum*.
LESMES. Despues se muere en la cama
de un hospital.
ALF. Distingamos:
los que explotan á las masas,
como hay muchos...
LESMES. No comprendo.
ALF. Suelen acabar en África.
Pero hablemos de otro asunto,
don Lesmes.
LESMES. ¿De qué se trata?
ALF. Quiero que usted me conceda
una semana de gracia,
de próroga.
LESMES. ¿Que no venda
sus bienes de usted? Me aguardan
y no puedo ahora...

ALF. Bien,
si desprecia la ganancia
que iba á ofrecerle...
LESMES. ¡Qué!
ALF. Mil
duros para guantes.
LESMES. (¡Anda!)
ALF. Mil quinientos.
LESMES. ¿Pero cómo
podrá usted pagar? Su casa...
ALF. Pagará Elvira, don Lesmes,
ó mejor dicho su vasta
fortuna, que será mia
dentro de poco.
LESMES. ¿Se casa?...
ALF. Conmigo.
LESMES. ¡Es posible!
ALF. Creo
que es cosa hecha: me ama.
LESMES. Pero...
ALF. Yo me redondeo,
usted cobra, y santas pascuas.
¿Quién desprecia este negocio?
LESMES. (¡Si será un ardid!)
ALF. (¡Qué cara!)
Piénselo usted.
LESMES. Ya lo pienso:
(No: prefiero mi ganancia...)
ALF. (Duda.) Subo hasta cuarenta.
LESMES. Lo siento...
ALF. Ni una palabra.
Voy á darle un pagaré
provisional.
LESMES. No hace falta.
ALF. ¿Dónde hay papel? (Buscando.)
LESMES. (Siguiéndole.) Que no admito.
ALF. ¡Ah! tal vez en esta estancia.
(Abre precipitadamente la segunda puerta lateral i
quierda. Dá un paso, pero retrocede con asombro al v
á Pilar y Elvira.)

ESCENA IX.

DICHOS, PILAR y ELVIRA.

ALF. Elvira... Pilar... (Momento de silencio.)
ELVIRA. ¡Qué afrenta!
¡y qué humillacion, no es cierto!
¡Encontrarse descubierto
al hacer tan torpe venta!
¡Quién en nuestra edad temprana
hubiera dicho que un dia
asi me rebajaria
el que me llamó su hermana!
ALF. ¡Miserable, tal traicion!
(Á Lesmes que se coloca detrás de Elvira y de Pilar.)
ELVIRA. Ignoraba que estuviese
en su casa, y que le oyese...
(Lesmes frotándose las manos con alegria.)
LESMES. (Soberbia complicacion.)
ALF. Al ver á Pilar, advierto
que esta emboscada es debida
á su encono, resentida
contra mí...
PILAR. Eso no es cierto.
ALF. Nada habrá que me convenza.
PILAR. ¡Cómo, Alfredo, te engañara
si está cubriendo mi cara
el rubor de tu vergüenza!
ALF. En estos rudos instantes
pueda mi amor...
ELVIRA. En su labio
tal palabra es un agravio.
LESMES. (Toma primas para guantes.)
ALF. Permita usted que le diga
que cierto de la victoria...
ELVIRA. Borre usted de su memoria
que fuí su mejor amiga,
y que este convencimiento,
que al parecer no le arredra,
quebrante la ruda piedra
de su estéril sentimiento.

ALF. ¡Elvira!
ELVIRA. Brote un pesar
donde su interés se abriga,
porque el que vende á una amiga,
ya no la vuelve á comprar.
ALF. Dios mio, tal abandono
un ensueño me parece.
ELVIRA. Solo desprecio merece,
y no obstante... le perdono.

ESCENA X.

LESMES y ALFREDO.

ALF. Elvira... Pilar... se van,
se van, se ha perdido todo.
LESMES. Crea usted que no he tenido
parte en nada, y que deploro...
ALF. Pues hace usted mal Me gustan
(Volviendo á su habitual indiferencia.)
los descalabros redondos.
LESMES. ¡Hombre!
ALF. Como hay abundancia
de mujeres, y son pocos
los que cargan con la cruz
del adorado consorcio,
pronto encontraré el desquite
de este culpable abandono.
LESMES. Se forma usted ilusiones
exageradas, pues pronto
tendrá que ser escribiente
del alcalde de un villorro.
ALF. ¿Yo escribiente?
LESMES. Ó fiel de fechos.
ALF. ¡Lesmes!
LESMES. Ó guarda de propios.
ALF. ¡Miserable!
LESMES. No hay remedio:
vendido su patrimonio,
desterrado su partido,
y sin un nombre en el foro,
no le queda mas arbitrio

que vivir entre nosotros.

ALF. Yo guarda, yo fiel de fechos,
(Paseándose agitado.)
yo que hace tiempo ambiciono
ir á una embajada espléndida;
yo que sueño el delicioso
far niente y la dulce vida
del gran mundo!

LESMES. (¡Pobre loco!)

ALF. ¡Cómo, cómo acostumbrarse
á vegetar como un hongo
entre palurdos soeces!
Nunca, nunca!

LESMES. El amor propio
sufrirá, pero despues..
los hombres se hacen á todo.
Le tuteará el vaquero
y le silbarán los mozos
del pueblo.

ALF. ¡Á mí!

LESMES. Los señores
que dejan de serlo...

ALF. ¡Cómo!

LESMES. ¡Los que se empobrecen, tienen
que sufrir tanto bochorno!!

ALF. Y usted si eso sucediera
tendria un placer, un gozo!

LESMES. ¡Yo!...

ALF. Se lavaria en agua
de rosas, bien lo conozco,
ave carnívora...

LESMES. ¡Alfredo!

ALF. Mas no lo verán sus ojos,
pues solo pienso en huir,
huir de este purgatorio,
en que todo me parece
sucio, raro y estrambótico.

LESMES. ¿Y deja usted á su padre?

ALF. ¡Ah! mi padre: no estoy sordo
á su amor, por él daria (Conmovido.)
mi vida; pero es forzoso
huir... Me perdonará...

LESMES. Y en la córte ¿con qué apoyo
cuenta?
ALF. Cuento con mi maña,
con mis amigos...
LESMES. Le exhorto...
ALF. La exhortacion es inútil;
lo que yo quiero son fondos.
LESMES. No tengo un cuarto.
(Con viveza: indicacion de marcharse. Alfredo se ta un reloj que lleva suspendido del cuello con cadena de oro y se lo entrega á Lesmes con san fria.)
ALF. No pido,
vendo.
LESMES. ¿Vende usted? (¡Qué aplomo!)
ALF. Un reloj con su cadena.
LESMES. ¿Y anda bien?
(Aplicándose el reloj al oido.)
ALF. Es un cronómetro.
Cinco mil reales costaron
las dos joyas.
LESMES. Pesan poco.
ALF. Oro excelente.
LESMES. Ya veo;
pero, amigo, yo no compro.
ALF. Rebajemos.
LESMES. Es inútil.
ALF. Tres mil reales por todo.
LESMES. (¡Gano dos mil!) Y si fuese...
es decir... si hubiese plomo?
ALF. (¡Canalla!)
LESMES. Dos mil quinientos
le doy.
ALF. No, los tres.
LESMES. Ni un óbolo
mas. Guarde usted esa puerta,
no nos observe algun tonto.
(Señalando á la puerta de la derecha. Despues abre con precaucion el armario y saca con rapidez el dinero, que entrega despues á Alfredo.)
ALF. No hay nadie.
LESMES. Las precauciones

tienen el bolsillo gordo.
Siete onzas, y el resto en plata.

ALF. (¡Y dicen que ya no hay robos!)
(Se guarda el dinero y el reloj se queda sobre la mesa.)
Como no quiero que nadie
pueda interrumpir el logro
de mis proyectos, es fuerza
que me preste usted su apoyo:
voy á mi casa, reuno
en una maleta todo
lo mas preciso; despues
la pongo en manos de un mozo
del pueblo, el cual dando vueltas
y evitando á los curiosos,
llega hasta la puerta falsa
de esta casa.

LESMES. Dá á un rastrojo,
y nadie...

ALF. Usted entre tanto
me manda ensillar su potro.
Yo vuelvo por esta calle,
(Señalando á la derecha.)
salgo por aqui.
(Señalando á la segunda izquierda)

LESMES. ¡Qué embrollo!

ALF. Bajo donde está el caballo:
ato la maleta, monto,
arreglo las bridas, pico
y me escapo por el soto:
asi evito despedidas
y sermones enojosos.

LESMES. No presto el caballo.

ALF. Siete
duros de alquiler.

LESMES. No.

ALF. Ocho.

LESMES. Á tanto ofrecer...

ALF. Guardemos
esta llave, será el modo
(Guardándose la llave que está en la segunda puerta izquierda.)

de tener la retirada
expedita: vuelvo pronto.

ESCENA XI.

LESMES.

¡Soberbio! Alfredo se escapa,
don Sisebuto me espera,
y yo burlando á Cristino
firmo el contrato de venta.
Tiempo era de ser cacique
soberano, y de esta hecha
lo seré, mal que les pese
á los Monzones. No queda
de lo que fueron un dia
mas que un monton de pavesas.
¡Aun la cesion me hace falta!
¡Ay de ellos cuando la tenga!

ESCENA XII.

LESMES, MONZON.

LESMES. ¡Ah! (Con alegria viendo entrar á Monzon.)
MONZON. Los documentos.
LESMES. Siento
su molestia.
MONZON. Ha sido leve.
LESMES. Pero á su edad...
MONZON. El que debe
fuerza es que pague al momento.
LESMES. ¡Qué mundo, señor don Juan!
¡qué desgracia tan cumplida!
MONZON. Son azares de la vida,
unos vienen y otros van.
LESMES. Treinta años ha que llegué
pobre, triste, oscurecido,
y no obstante he conseguido
ser todo lo que usted fué.
MONZON. ¿Todo?
LESMES. Hay verdades crueles,

pero, don Juan, no se engria,
porque lo que ayer valia
lo valen esos papeles.

MONZON. No, Lesmes, porque á mi vez
me queda un bien permanente:
la aureola que en mi frente
ha dejado la honradez.
Y este bien, que no se nombra
en escritura de venta,
al darme consuelo afrenta
su vida oculta en la sombra.
Pues si usted con ciego afan
al pueblo en dolor sumia,
yo al pueblo entero ofrecia
en vez de lágrimas, pan.
Y aquellos que no confunden
los que su mal ocasionan,
sus villanias pregonan
y mis virtudes difunden.
De modo que he conseguido,
aunque pobre y desgraciado,
en los años que han pasado,
no ser lo que usted ha sido.
Y no es poco galardon
en momentos tan crueles
no dar con estos papeles
la paz de mi corazon.

LESMES. Ese alarde de clemencia
tenia un fin poco honroso.

MONZON. Yo...

LESMES. Quiso usté hacerme odioso
para guardar su influencia.
Pero todo ha concluido
para usted, señor don Juan.
Los que consuelos y pan
á su puerta han recibido,
le saludarán primero
aquel tiempo recordando,
despues pasarán cantando
y sin quitarse el sombrero.
Mas tarde, al oir sus quejas,
puede que algun labrador

le diga, sé mi pastor
y vé á guardar mis ovejas.

MONZON. Pero su vista no abarca
al mirarme en ese estado,
que con el rudo cayado
seré el viejo patriarca.
Y vendrán, aunque te asombre,
á pedirle á mi cariño
santa bendicion el niño,
profundo consejo el hombre.
Pero concebir no puedo
que al fin llegue á ser tan triste
mi existencia, Alfredo existe
y yo confio en Alfredo.

LESMES. La suerte siempre iracunda
aun le niega ese favor
porque usted sembró su amor
sobre una tierra infecunda.

MONZON. (¡Pobre loco!)

LESMES. El desengaño
se aproxima.

MONZON. Estoy seguro
de mi hijo.

LESMES. Pues yo aseguro...

MONZON. Basta: oirle me hace daño.
(Al dejar Monzon el pequeño legajo de papeles que tenia en la mano sobre la mesa, vé el reloj de su hijo.)
¡Ah! este reloj... aquí...
Es de Alfredo... lo olvidó
sin duda.

LESMES. Me lo vendió.

MONZON. ¿Y usted lo ha comprado?

LESMES. Si.

MONZON. ¿Y para qué? Yo no infiero...

LESMES. Es muy sencillo: desea
dejar al punto su aldea
y necesita dinero.

MONZON. ¡Partir él! ¿partir sin verle?
¿Eso proyecta el ingrato?

LESMES. Parte con tal arrebato
que no podrá detenerle.

MONZON. ¡Impostura! ¿Cómo olvida
un hijo á su padre? ¿Cómo,
si yo en su cariño tomo
la fé que alienta mi vida?
No puede dejarme asi.
Está arrepentido ya.
LESMES. Dentro de poco vendrá
por mi caballo. Le dí
palabra...
MONZON. ¿Usted?
LESMES. Voy á hacer
que se lo ensillen.
MONZON. ¡Qué enredo!
Detenga usted...
LESMES. No puedo
perder asi mi alquiler.

ESCEMA XIII.

MONZON, solo.

¡Conque es cierto! ¡Conque el hijo,
por mas que á su honor no cuadre,
olvida un dia á su padre,
olvida al que le bendijo
lleno de amor en la cuna,
al que le dió la instruccion,
al que le dió el corazon
con su nombre y su fortuna!
¿Qué es el amor sin segundo,
los cuidados mas prolijos
qué importan, si hasta los hijos
son mentira en este mundo?
Pero no, no puede ser.
Tanta ingratitud me aterra.
¿Cómo han de hacerse la guerra
pedazos de un mismo ser?
¡Oh qué loco desvario!
¿Por qué me aflijo importuno
si Alfredo y yo somos uno
y yo soy bueno, Dios mio?
Oigo pasos, se renueva

(Escuchando en la puerta derecha.)
mi ansiedad y mi tormento.
Es el viento, y hasta el viento
creo que ya se lo lleva.
¡Valor! momento cruel
en que oscila mi existencia:
Dios mio, dame elocuencia
y dale razon. Es él.

(Monzon se retira hácia la reja. Alfredo entra en traje de camino. Está preocupado. No vé á su padre hasta que al dirigirse con viveza á la puerta del soto se encuentra enfrente de él.)

ESCENA XIV.

ALFREDO, MOMZON.

ALF. Tal vez mi viaje es impio;
tiembla el corazon cobarde...
mas no: huyamos, ya es tarde.
¡Ah!

MONZON. ¡Alfredo!

ALF. Padre mio,
¿usted aqui?

MONZON Vengo en pos
del cariño que te tengo.
Vengo, hijo del alma, vengo
á darte el último adios.

ALF. Sabe usted que intento un viaje...

MONZON. Sé que es fuerza que te alejes
de este pueblo, y que me dejes
para siempre.

ALF. ¡Ese lenguaje!...

MONZON. Te revela la conquista
que hizo la sabia razon
al despreciar la pasion
que abriga el pecho egoista.
¿Por qué mi bondad te asombra?
¿Por qué callas afligido
si pobre y envejecido
yo no puedo darte sombra?

ALF. ¡Oh, padre!

MONZON. Cese el dolor
que tu alma oprimida exhala;
eres jóven, tiende el ala
hácia otro mundo mejor.
No te acuerdes de mi edad
por los males combatida,
no te ocupes de mi vida
pasada en la soledad.
No inspecciones los trabajos
en que cifro mi grandeza,
no mires si en mi pobreza
vivo cubierto de andrajos.

ALF. Padre, por Dios... (Conmovido.)

MONZON. (Con fingido asombro.) ¿Te incomodo?

ALF. Asi no le quiero ver.

CONZON. Comprende que te dí el ser
y que me lo debes todo;
comprende que aunque iracundo
cuenta el mundo me demande,
es mi cariño mas grande
que la maldicion del mundo.
Que nada cambiará en mí
el amor que sigo incierto,
y que hasta despues de muerto
estaré pensando en tí.
Ocúltame tu afliccion
en estos rudos instantes;
parte, Alfredo... pero antes
recibe mi bendicion.

(Alfredo, en cuyo rostro ha debido pintarse la lucha que se agita en su alma, dice sin poder dominarse.)

ALF. Cese tan fiera batalla,
cese, porque me ahoga el llanto:
padre mio, usté es un santo
y yo un infame, un canalla.
Si, iba á partir... temia
la pobreza; mas su acento
despierta en mí un sentimiento
que hasta hoy no conocia.
Siento que se hace pedazos
por salir el corazon.
¡Ah! por mi madre, perdon!

(Alfredo, fuera de sí, quiere arrojarse á los pies de su padre, que le recibe en sus brazos. Los dos permanecen un momento estrechamente abrazados.)

MONZON. ¡Hijo del alma, en mis brazos!
Ya tus faltas no condeno
por este bien inefable.

ALF. Haga usted de un miserable
con su amor un hijo bueno.
Deténgame usté á su lado
hasta que el juicio recobre,
y despues... aunque soy pobre,
yo me haré un gran abogado.

ESCENA XV.

DICHOS, LESMES.

LESMES. Ya está mi caballo.

ALF. ¡Ah!
Pues vaya usted á paseo
en él. (Con aplomo.)

LESMES. ¿Se queda? (Con asombro.)

MONZON. Se queda. (Con alegria.)

ALF. Pienso pasar algun tiempo
con mi padre.

LESMES. Está muy bien. (Con ironía.)
Alfredito, lo celebro.
Prefiere usted los terrones
y el azadon á los pleitos.
¡Gran conclusion de carrera,
admirable pensamiento!
(Dan las diez de un reloj de torre.)
Ea, señores, las diez
estan dando y yo no puedo
detenerme mas; me aguardan
para firmar al momento
la escritura.

MONZON. ¡Ah! mis bienes. (Con dolor.)

LESMES. Eso es. (Con satisfaccion.)

ALF. ¡Triste recuerdo!
(Alfredo y Monzon permanecen tristes y cabizbajos. Momento de silencio.)

LESMES. (Ya los humillé por fin,
por fin soy amo del pueblo.)
(En el momento en que vá á salir entra Cristino. Lesmes retrocede con profundo disgusto.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CRISTINO.

CRIST. Señor Lesmes, un instante.
LESMES. (¡Ah! siempre este hombre.)
CRIST. Siento
detenerle, pero al cabo
he descubierto su juego,
y no es justo que le deje
cuando en mi mano le tengo.
En tanto que le aguardaba
para pagarle sus créditos,
las haciendas de mi tio
ofrecia con empeño
á un pobre loco, incapaz
de comprender sus proyectos.
MONZON. ¿Tú quieres pagar mis deudas?
ALF. ¡Y yo te ofendí!
CRIST. Alfredo, (Con nobleza.)
entre el amor y el honor
el honor es lo primero.
Me has ofendido, es verdad,
mas salvándote me vengo.
ALF. ¡Ah! ¡Cristino!
MONZON. El sacrificio
es tan grande que no puedo
aceptarlo.
LESMES. ¿Y quién permite
tal locura?
CRIST. Estoy resuelto
y nada podrá impedir
que se cumpla mi deseo.
LESMES. Está usted en un error,
porque su tio me ha hecho
cesion de todas sus fincas.
(Enseñando el legajo de papeles que tiene en la

mano.)

CRIST. ¡Ah!

LESMES. Por consiguiente puedo
venderlas si asi me agrada;
y como me agrada, vendo.

CRIST. ¿Conque es decir?...

LESMES. Que ya es tarde.

ALF. Pero si paga...

LESMES. No acepto.

MONZON. No acepta, está claro; entonces
no podria en su despecho
hacerme pagar rencores
guardados por tanto tiempo.
Es menester que mis bienes
pasen al punto á otro dueño,
que lo sepa todo el mudo,
y lo que es mas, que los buenos
dejen á los miserables
si no su nombre, su puesto.

LESMES. Don Sisebuto me espera;
le ofrecí la finca, y quiero,
por mas que sea enojoso,
cumplir el ofrecimiento.
Me pesa mucho, muchísimo,
pero estoy en mi derecho.

CRIST. Atrás.

(D. Lesmes dá algunos pasos hácia la puerta de la derecha, pero Cristino se lanza hácia ella, la cierra y se guarda la llave exclamando con energia.)

LESMES. ¡Qué hace usté! (Trémulo de ira.)

CRIST. Impedir
un acto infame.

MONZON. Te ruego
que le dejes, me dá horror.

ALF. No, no saldrá.

MONZON. ¡Ah! comprendo,
se proyecta un crímen.

CRIST. No,
no tiembles, porque en mi pecho
no caben ideas viles
ni miserables proyectos,
lo que quiero es que destruyas

tú mismo esos documentos.
LESMES. ¡Oh! ¡yo mismo!
CRIST. Acepta el pago
que sin tardanza te ofrezco.
LESMES. ¡Jamás!
ALF. ¡Miserable!
CRIST. Escucha
por última vez mi ruego,
y cansado de tener
un corazon tan pequeño,
arroja de su recinto
tan bastardos sentimientos.
Sé grande una vez siquiera,
ya que mi mano te tiendo.
LESMES. Me esperan.
ALF. ¡Oh!
MONZON. Déjale,
su corazon está seco.
CRIST. Seco, carcomido, estéril.
LESMES. No, mi derecho defiendo.
CRIST. Esa palabra en tu boca
es un insulto grosero;
con ella, con ella sola
has sembrado el desconsuelo
en nuestros campos, has visto
llorar á los pies labriegos
que antes corrian felices
por sus dorados barbechos.
Has convertido al anciano
en doliente pordiosero,
y has contemplado á la madre
oprimir al niño tierno
contra su pecho estremado,
lívido y calenturiento.
Mas ¿qué importa? te pedian...
y estabas en tu derecho.
Pero ¡ay de tí! que los gritos
que estan agitando el viento,
anuncian ya la venganza
de la aldea. ¡La presiento,
la oigo, la veo... y te miro
y á pesar de mi odio, tiemblo!

LESMES. Pues yo no... sé que hay algunos
que me execran en el pueblo...
(Tratando de dominar su emocion.)
Pero ese clamor...
(Se oye ruido de voces á lo lejos. Los actores permanecen un momento en silencio y prestando atencion. Las voces y el ruido se van oyendo cada vez mas claros. La campana de la aldea toca á fuego. Esto dura, aunque cada vez con menos intensidad, hasta la conclusion de la escena.)
ALF. ¡Qué ruido!
(Todos se agrupan alrededor de la reja.)
MONZON. Corren.
LESMES. Y tocan á fuego.
TODOS. Fuego. (Aterrados.)
LESMES. ¿Dónde está? ¡oh! callan.
(Gritando por la reja y cada vez mas asustado.)
ALF. Hácia las eras del pueblo
sale humo.
LESMES. ¡Misericordia!
MONZON. Y el aire aviva el incendio.
LESMES. Si algun infame... corred,
(Gritando por la reja.)
corred... se paran. ¿Qué es esto?
CRIST. ¿Por qué tiemblas de ese modo
si está tranquilo tu pecho?
LESMES. ¡Qué llamas, y nadie acude,
nadie, miserables, vuelo...
(Se precipita sobre la puerta, que trata nuevamente de abrir. Despues se lanza sobre la que dá al foro y corre de una á otra como un loco.)
¡Ah! cerrada... esta tambien.
(Dan repetidos golpes en la puerta de la derecha.)
CRIST. Entrégame esos papeles.
LESMES. La llave.
CRIST. Estoy en mi derecho,
(Remedando á Lesmes.)
puedo darla si me agrada...
LESMES. Por compasion... (Fuera de sí.)
CRIST. No la entrego. (Con calma)
LESMES. ¡Ah! tomad, por fuerza viene
en vuestro auxilio el infierno.

(Tira el legajo de papeles. Alfredo los recoge. Cristino abre la puerta de la derecha, por la cual entra don Sisebuto, Elvira, Pilar y Margarita. Don Sisebuto detiene á Lesmes.)

ESCENA XVII.

ALFREDO, MONZON, CRISTINO, LESMES, D. SISEBUTO, ELVIRA, PILAR y MARGARITA.

SISEB. Su conducta no me explico.
LESMES. Quite usted.
SISEB. Bien me ha engañado;
pero por fin me ha vengado
de sus mentiras Quirico.
LESMES. ¡Él!
SISEB. La desesperacion
le volvió el juicio hace poco,
y ha pegado el pobre loco
fuego á su mies.
LESMES. ¡Maldicion!
(Lanzándose fuera.)

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS, menos LESMES.

SISEB. (Á Cristino.)
Me ha contado mi sobrina
lo que sucede.
CRIST. ¿Qué escucho?
SISEB. Su proceder vale mucho,
jóven, aun mas que mi quina;
y aunque soñé una corona
de laurel para mis sienes,
que guarde Monzon sus bienes;
yo renuncio á mi *Chinchona*.
CRIST. Elvira, usted...
ELVIRA. ¿Por qué ingrato
quiso [illegible]tarme sin juicio
su admi[illegible] sacrificio?...
CRIST. Las rosas... [illegible]do á Alfredo.)

PILAR. En su arrebato,
Alfredo harto bien lo sabe,
quiso tu afecto probar.
CRIST. ¡Y yo he podido dudar!
(Asiendo con ternura una mano de Elvira.)
ELVIRA. Su delito ha sido grave. (Sonriendo.)
SISER. Todos tenemos defectos,
yo con mi quina... ya veis.
MONZON. Quiero que realiceis
al punto vuestros proyectos.
En cuanto á nosotros, vamos
(Asiendo una mano á Alfredo.)
desde ahora á trabajar,
pues es preciso pagar
el favor que hoy aceptamos;
y plegue al cielo que vea
en mas venturosos dias
terminar como las mias
las miserias de la aldea.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 16 de Setiembre de 1862.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

la.	F. Alvarez.
	F. Perez Rioja.
era de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
zona de Aragon.	P. Veraton.
'a.	J. Moriano Piñero.
agona.	M. Sol.
asa.	P. Viñas.
el.	J. Soriano.
lo.	J. Hernandez.
sa.	F. Artola.
esillas.	C. Gutierrez Matallana.
	A. Rodriguez Tejedor.
osa.	M. Bes Hediger.
evieja.	A. Vela.
illo.	A. Herranz.
ela.	M. Izalzu.
ra.	J. Ramos.
	M. Martinez de la Cruz.
da.	C. Treviño.
encia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	D. Jover.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Blanco.	A. Fernandez Rubio.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Velez Rubio.	A. Fernandez Rubio.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panadés	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	M. Martinez.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de Calderon de la Barca, mero 4.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRA

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Armas iguales L.
Compromisos del no ver, M.
Criados de confianza. L. y M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Niño, M.
El Vizconde, M.
Entre mi mujer y el primo, M.
Estafeta de amor, L. y M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. y M.
La pastora de la Alcarria, M.
Los dos ciegos, M.
Los herederos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués, L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Un primo, M.
Un rival del otro mundo, M.
Sinfonía concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
De la muerte á la vida, M.
El Bachiller, M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
El tio Caniyitas, L.
Entre mi mujer y el negro, M.
La abuela, L. M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer, M.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El ángel bueno, M.
El Castillo Maldito, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.

El Sargento Federico,
El secreto de una dan
El tio Pilli, L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia,
Genaro el Gondolero,
Jugar con fuego, L. y
La Cantinera de los Al
La Cisterna encantada
La Espada de Bernard
La loca de Edimburgo
La Maga, L. y M.
La Perla, M.
La Sirena, L. y M.
Los Diamantes de la C
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un procónsul, M.
Un tesoro escondido, L

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Al que no está hecho á bragas...
Amorres volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja (*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El Diamante negro.
El suicida.
Flujo y reflujo.
La Esperanza de dos mundos, loa.
La Marquesita.
Pepita.
Plaza sitiada...
Sobrino que da al demonio.
Soleá la Trianera
Suegra, marido y rival.
Una comedia mas.
Un hablador sempiterno.

EN DOS ACTOS.

Las colegialas son colegiales.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja:
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.

¡La buena alhaja!
La loca del Guadalquivi
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamient
Las Biografías.
Lo positivo.
Lo que se vé y lo que no
Los Hijos del pueblo.
Padre y Rey.
Miserias de la aldea.
¿Para el corazon no hay
¡Por ella!
Préstamos sobre la honr
¿Quién es él?
Una pecadora.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con las iniciales L. ó M, pertenece solo á esta Administracion la libreto, y las que llevan L. y M, corresponden á la misma por completo.